



Juan Eduardo Zúñiga

Misterios de las noches y los días



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

MISTERIOS DE LAS NOCHES Y LOS DÍAS

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av, Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

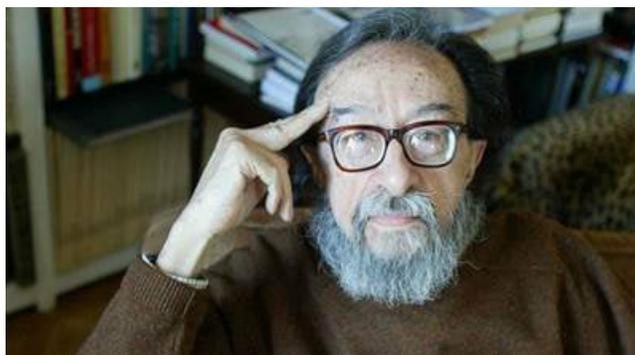
Edición en formato digital: diciembre 2016

© Juan Eduardo Zúñiga, 1992, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L, 2016

Conversión a formato digital: Maria García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-93-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Nació en Madrid, Estudió Filosofía y Bellas Artes y se especializó en lenguas eslavas. En 1951 publicó su primera obra, *Inútiles totales*, a la que siguieron *El coral y las aguas* (1952) y *Artículos sociales de Mariano José de Larra* (1976). Firme defensor de la novela como reconstrucción de la memoria, en 1980 vio la luz *Largo noviembre de Madrid*, libro de relatos ambientado en la guerra civil y su posguerra, temas recurrentes en su impecable narrativa posterior: *La tierra será un paraíso* (1989), *Misterios de las noches y los días* (1992), *Flores de plomo* (premio Ramón Gómez de la Serna 1999) y *Capital de la gloria* (2003), que le valió el premio Nacional de la Crítica y el prestigioso premio Salambó. Sus libros de relatos más recientes son *Brillan monedas oxidadas* (2010) y *La trilogía de la guerra civil* (2011), ambos publicados por Galaxia Gutenberg. Su conocimiento de la cultura rusa y búlgara —en 1990 publicó *Sofia*, un excepcional ensayo sobre la capital de Bulgaria— le permitió profundizar en el estudio de la obra de célebres escritores de la Europa eslava, En este sentido, *Desde los bosques nevados* (Galaxia Gutenberg, 2010), por el que le fue concedido el Premio Internacional Terenci Moix, constituye un libro capital sobre la literatura rusa a partir de tres de sus autores más emblemáticos: Pushkin, Turguénev y Chéjov.

Éste es uno de los libros más secretos de Juan Eduardo Zúñiga, incluso para quienes conocen su obra. Los cuarenta relatos breves que lo componen sumergen al lector en una extrañeza acrecentada por la minuciosa descripción de los ambientes y los personajes. Porque todo ocurre en un lugar que puede ser cualquier lugar y en un tiempo que puede ser cualquier tiempo. Realidad e imaginación se confunden o quizá son una misma cosa y un mismo estremecimiento recorre cada relato: la aparición de lo incomprensible en la realidad cotidiana, la irrupción del misterio que escapa a toda interpretación.

Depurada hasta el extremo, la maestría narrativa de Zúñiga se vuelve más intensa si cabe y, con el elemento fantástico como clave, nos ofrece uno de sus libros más sorprendentes.

*A Felicidad que también ama, como es justo,
la luz de la razón.*

LA ESFINGE

Un día tras otro iba con mi madre de paseo al parque y para llegar allí cruzábamos el puente, por encima de las grises aguas del río, en cuyo pretil de piedra se alzaba una estatua renegrida por las lluvias y arañada por el tiempo. Una tarde, señalándola, pregunté a mi madre por qué un perro tenía cabeza de persona, y ella, por toda respuesta me dijo que se llamaba esfinge. Luego exclamó: No la mires.

Meses y meses pasé por delante de la estatua e intenté comprender por qué un animal sentado, con alas y enormes garras alzaba su orgullosa cabeza varonil, pero nadie a quien se lo dije supo explicármelo. Muchas tardes me detenía ante su basamento de piedra verdinegra y reflexionaba sobre tan extraña figura y comprendí que su cola recogida, aguzada como lengua de serpiente, terminaba en una punta de flecha, y sus alas eran de águila, o acaso iguales a las de un demonio que estaba pintado en un cuadro del museo y que parecía dispuesto a volar.

Entonces ya no preguntaba a mi madre sino al profesor, que tanto sabía, y él afirmaba con la cabeza pero no me daba ninguna respuesta y sólo llegaba a decirme que era una esfinge muy antigua traída de un país lejano, puesta allí como adorno hacía dos siglos.

Hasta que cierto atardecer, cuando pasaba cerca, oí que la esfinge murmuraba unas palabras que se fundían con el ruido del agua en el río y los soplos de viento que arrastraban hojas caídas junto a mis pies. Incomprensibles, sordamente pronunciadas, sin duda en una lengua ya muerta, estuve seguro de que era a mí a quien la esfinge hablaba.

Al confiar a mi profesor lo que me pareció oír junto a ella, me respondió esta vez con firmeza y me dijo que me había hecho una propuesta peligrosa, y que debía elegir otro camino y no volver a cruzar el puente.

Pero desobedecí. Año tras año estuve atento a aquél enigma el cual gravitaba ya sobre mi vida pero yo no renuncié a pasar junto a la esfinge. Otras veces me habló con iguales palabras de piedra y yo seguía sin comprender su significado.

Cierto día, un atardecer de niebla y aguanieve, entré en el patio de una casa y de pronto vi a la esfinge entre unos montones de leña y ladrillos abandonados, emergiendo de las confusas basuras y desechos que hay en todos los patios. Era la misma que estaba en el puente, con su cabeza erguida, soberbia e indiferente a las jdas y venidas de las personas, al fluir de la existencia cotidiana, Igual a como la vi siempre dominando el panorama de la ciudad desde su alto basamento.

Más tarde encontré a la esfinge en el umbral de la casa donde habitaba la mujer que me amaba; y en la alcoba donde moría el último miembro de mi familia. Vi su piedra oscurecida entre la muchedumbre de una feria, en las filas de butacas de un teatro y también me pareció ver sus

rígidas formas en la lontananza de la riqueza y el poder, en los jardines de los palacios y en las sudas tabernas de los malhechores.

Poco a poco hice más las partes de su cuerpo; supe que tenía garras para despedazar, poderosas patas replegadas para el asalto, altiva cabeza alzada como en un desafío a quien la mirase, y ojos vacíos que no veían a nadie.

Al fin, una tarde, estando junto a su pedestal, sentí que mi cuerpo se endurecía y se hacía el suyo y en un instante fui ella, granito milenario con manchas de verdín, erguido en la penumbra de la soledad. Con ojos vacíos, con alas adheridas e inmóviles, incapaces de volar, con los labios cerrados, pero dejando oír las terribles palabras que ahora yo entendía.

EL BISABUELO

Durante varios días la lluvia azotó las calles y las fachadas, y en los cristales, con delicados dedos, llamó hasta que el joven conde se impacientó y tuvo necesidad de acercarse a los balcones y mirar el agua que caía y el lustroso empedrado por el que pasaba un coche o algún transeúnte apresurado.

En su gabinete estaba entregado a la lectura de los extensos anales de la nobleza que se apilaban en la mesa de trabajo, Se admiraba de los hechos cumplidos por sus antepasados, ya fueran heroicas hazañas en campos de batalla cubiertos de heridos y cañones desmontados, o hábiles intrigas en palacios donde se firmaban armisticios y bodas reales; sus ascendientes acompañaron a embajadores y a reyes en recepciones en salones iluminados por miles de bujías, o fiestas en las que se imponían condecoraciones o eran otorgados grandes honores.

El joven levantaba la mirada sorprendido de los caprichos que se pagaban con fortunas y los alardes de lujo y riqueza, y se creía testigo de tales pasadas magnificencias.

Se ponía de pie, se paseaba por la estancia y tomaba un sorbo de té frío. Había de ser como sus mayores, Igualarse a los prohombres de su estirpe y cuando bajaba por la gran escalera contemplaba satisfecho los retratos de familia colgados en las paredes, aunque ensombrecida su pintura por el paso del tiempo.

Sólo le distraía la lluvia y su monótono Insistir en balcones y ventanas. Le pareció una intromisión, igual que si el frío exterior invadiera las tranquilas estancias adornadas de pesados cortinajes, de antiguos muebles y relojes cuyas esferas blanqueaban en la penumbra de los salones. Era como una llamada de fuera, como si más allá de las paredes donde colgaban los retratos de sus ascendientes, alguien quisiera que él saliese y la lluvia fueran las palabras con que le llamase.

Y una tarde se decidió a salir. Le tranquilizaba atender aquella innominada solicitud y experimentar lo que era la lluvia de otoño.

En el portal, rechazó el coche que le proponían y abriendo el paraguas echó a andar despacio, respirando la brisa húmeda, Miraba los charcos y arroyuelos que corrían por las calles, oyó el gotear en los canalones y, al cruzar por delante de jardines, en el follaje, la lluvia golpeaba sus diminutos tambores.

Paseó mucho tiempo, caminó por los barrios elegantes y al anochecer se encontró en los arrabales, perdido en calles desconocidas, entre cendales de lluvia pertinaz.

A lo lejos vio unas luces que parpadeaban y oyó el sonido de una trompeta; fue hacia allí y se mezcló con un grupo que contemplaba la portada de un teatrillo ambulante de feria.

Los artistas les invitaban a entrar y ver el espectáculo; un payaso con una ancha vestimenta y

el rostro pintado de albayalde, que a la vez que tocaba la trompeta, se contoneaba sobre la tarima. El agua que caía le había abierto surcos en la pintura de la cara pero él no parecía ocuparse sino de su instrumento. También estaba empapado el vestido de una amazona que saludaba con la fusta, moviendo sus rollizas piernas con botas de montar. A su lado bailoteaba y cantaba un gigantesco negro con turbante rojo y un largo caftán. Igualmente había una mujer con mallas color rosa y un domador que saltaba al ritmo de la aguda trompeta. Y todos canturreaban un cuplé conocido y hacían gestos al público, invitándole a pasar por la taquilla. Y todos goteaban por la lluvia y tenían una mueca de cansancio.

Vio entre los cómicos a un hombre uniformado que igualmente brincaba y sacudía las piernas, Podía ser un portero por la guerrera que llevaba, o un húsar antiguo, y cuando se fijó en aquella figura grotesca, observó que en el pecho lucía unas condecoraciones y el conde se sonrió despectivamente al ver en tal sitio aquel distintivo de nobleza, Pero al mirar su rostro enjuto, con mandíbula pronunciada y ojos hundidos, comprendió que debía de ser un viejo comediante que acababa su vida haciendo de comparsa en una ínfima barraca.

Pero su cara no le era desconocida; creyó haberla encontrado en algún sitio, fuera de allí, y con su escaso pelo no mojado de lluvia. Se fijó más en aquel rostro, hizo memoria y se extrañó por su parecido: era igual al de un antepasado cuyo retrato había contemplado desde niño en la pared del salón de las grandes recepciones.

Exactamente Igual; y comprobó, con desagrado, que eran idénticas las condecoraciones que ambos ostentaban. Ahora éstas, según el viejo hacía piruetas, se bamboleaban colgando en una prenda sucia y remendada. Cantaba él también y por la boca abierta se veían las negras mellas de los dientes que le faltaban.

El joven sintió escalofríos y no apartaba su mirada asombrada de aquella máscara estrafalaria. Poco a poco la gente se fue yendo, la trompeta calló y los artistas desaparecieron. Sólo el disfrazado de noble seguía, bajo la lluvia, dando brincos pero ahora miraba al conde y ya en el borde de la tarima, le llamaba con la mano, le proponía subir junto a él y al hacer tal ademán aún más mísero y grotesco parecía.

El conde reconoció en él a su bisabuelo y se horrorizó al hallarlo bajo pobres luces parpadeantes, a la puerta de un teatrillo, decorado con papeles pintados, todo él empapado en una lluvia helada. Le conocía bien de tanto haber mirado y admirado su retrato; el que ganó batallas y dispuso de cuantiosas riquezas, parecía burlarse de su alcurnia encaramado en la entrada de una inmundada barraca de feria.

El viento sacudía el faldón de su casaca, por las mejillas el agua chorreaba; con un gesto plebeyo le animaba a entrar a un espectáculo de probables horrores. Y el conde, bajo el paraguas, intentaba comprender qué significaban aquellas pertinaces lluvias de otoño.

EL SECRETO

Era una jovencita aún y todos elogiaban su encanto, su Inocencia, sus grandes bucles sobre los hombros cuando, por las tardes, cantaba ante el piano que tocaba la madre, emocionada al oír su voz.

Transcurría así la vida tranquila en aquella casa pero cierto día apareció un desconocido y se quedó a vivir allí. Era alto y hermoso, bueno e inteligente y la muchacha desde un principio le admiró. A veces él le apretaba la mano y su mirada ahondaba misteriosamente en sus ojos azules. Desde que él había llegado todo se hacía más claro, más noble, sumía a la mente en cierta intranquilidad pero también en una inefable tibieza al corazón. Volaban los días, pasó un año y llegó el último instante: él se fue y ella conoció el tiempo de la tristeza y del sufrimiento, pero no quiso preguntar a nadie si volvería.

Un día, inesperadamente el huésped regresó y se acercó a sus labios y murmuró: «No temas, querida, soy invisible para los demás» y las bocas se unieron con pasión. Desde entonces estuvo cerca de ella: le veía en el fondo de una habitación, en el corredor, al pie de una escalera, la seguía por la calle, se sentía abrazada con fuerza y ella se entregaba a su abrazo. La más extraña felicidad la acompañaba a todas horas: en el jardín, junto al piano, notaba que sus manos la acariciaban; de noche, despertaba y le encontraba a su lado, desabrochándole, despacio, los botones del camisón.

Todos decían que su mirar velado y los colores de sus mejillas arreboladas podían ser de fiebre pero ella pensaba que nadie habría de saber la vehemencia con que ambos se entregaban al amor.

EL SOLDADO

No nadó en una casita de madera al borde de un río o en un campo entre sauces, tilos y castaños; de niño no fue a coger bayas ni guardó vacas ni arreó caballos. Su madre, entre gruñidos, lo parió en un sótano de la capital y no bien él aprendió a andar, corrió por un enorme y sucio patio y luego salió a la calle y vio los coches y admiró las luces de las ventanas en las noches de invierno.

Va muchacho, recorría todos los barrios y cumpliendo modestos trabajos, llegó a conocer los grandes edificios, los palacios que bordeaban los canales y miraba asombrado las grandes cúpulas de las iglesias, los puentes de piedra sobre el río y los parques sembrados de flores y estatuas.

Como soldado fue llevado a una guerra, muy lejos, a la región de las altas montañas y allí, durante años, hizo cuanto le mandaron. Participó en combates contra los montañeses y en largas marchas por desfiladeros profundos, bajo nevascas o calores intensos. Dos veces fue cercado por el enemigo pero había conservado la vida y tomó parte en la conquista de la ciudad de Azerum. Allí, una tarde que pasaba por las estrechas callejas, se le acercó una gitana y le propuso decirle cuál sería su porvenir, a cambio de una moneda. Él se la dio y la vieja le tomó la mano y miró atentamente su palma; enseguida la rechazó; —No quiero leer tu mano. Toma el dinero—, y le devolvió la moneda. Él le preguntó qué había visto mas no obtuvo respuesta y le extrañó que la gitana se alejase deprisa.

Más tarde, fue malherido en un ataque y otros soldados le dieron a beber agua y le sostenían la cabeza. Anhelaba regresar a la capital, soñaba con ver sus avenidas y los palacios y sentía que allí algo le llamaba, que él pertenecía a sus enormes dimensiones y a la variedad de sus calles y riquezas.

Al fin volvió a donde había nacido. Al pisar de nuevo las perspectivas que tan bien recordaba, se sintió feliz e iba de un sitio a otro, revisitando todos los lugares en los que había crecido, como si fueran suyos. Sin embargo, no pudo encontrar la casa donde nació, no se acordaba en qué barrio estaba y tras vagar mucho tuvo la evidencia de que todo había terminado para él, que era allí, no en la guerra donde iba su vida a tener un fin, sin remedio, como llegar al fondo de un sendero cortado.

No rehuyó la extraña sensación que presentía y acostumbrado a recibir órdenes, quiso obedecer ésta que escuchaba en lo profundo de su ser. Deseó que se cumpliera y entró en tugurios donde acudían los criminales, llegó a los suburbios más peligrosos, desafió con miradas ofensivas a cuantos pasaban a su lado pero le era imposible encontrar tanto su forma de morir como la casa donde vino al mundo; lo deseaba ardientemente, igual a un compromiso incumplido.

Sonó la medianoche en lejanas campanas y poco después, al doblar una esquina vio una

fachada con pequeñas ventanas y reconoció su casa y el hondo portal por el cual él había salido a la vida.

Pero el curso de agua de un canal le separaba de aquel lugar que venía buscando. A la escasa luz de un farol mortecino vio enfrente de él a su madre, que había muerto muchos años antes, y que ahora le hacía un gesto con la mano.

El le gritó —Madre, ¿por qué estás ahí?—. No oyó respuesta pero ella seguía haciéndole señas para que se acercara.

Comprendiendo que debía obedecerla, saltó el bordillo de piedra y entró en el agua: cuando ésta le llegó al vientre sintió un terrible dolor, igual que si le hubieran hundido un sable en las entrañas, y cuando la tuvo a la altura del pecho, supo que una bala enemiga le había alcanzado. Se sumergió en la helada corriente y fue a reunirse con su madre.

EL PERDÓN

Las lluvias insistentes de aquel otoño debieron de dañar los cimientos del palacio porque, Inesperadamente, los muros se agrietaron, se desprendían trozos de revoco y las vigas y los techos crujían con un ruido prolongado y triste. Los arquitectos aconsejaron que todos salieran y retiraran los objetos de valor y pasados algunos días se hizo evidente que el edificio estaba a punto de desplomarse y no admitía reparación alguna. Se decidió su demolición y el viejo duque se trasladó con toda la familia y servidumbre a su otro palacio, en el centro de la ciudad.

Los obreros trabajaron rápidamente y fueron desmantelados el tejado y los desvanes, abatidas las paredes, desmontadas puertas y ventanas y levantados los bellos pavimentos de madera barnizada.

El duque estaba apenado e inquieto. Aquel edificio tan antiguo donde habían nacido sus abuelos y él mismo, guardaba relación con toda su vida, tanto con los momentos más nimios de su infancia como con sus proyectos de adulto y su realización. Sentía que una gran riqueza de su época iba a desaparecer según progresaban los golpes de los picos y las hachas destruyendo lo que tantos artífices habían acumulado allí de destreza y hermosura, Quiso que se conservara el farol veneciano que siempre iluminó la portada del palacio y cuando se lo llevaron y él lo vio, en el suelo del vestíbulo, sucio de polvo pero intacto su elegante trabajo de metal, recordó que desde niño había presenciado cómo un criado se encaramaba para renovar la vela que se colocaba dentro y que se encendía cada noche o, años después, llenar un pequeño depósito para el aceite y prender fuego y alumbrar así la entrada principal hasta la salida del sol. Mandó que lo limpiasen bien y lo fijaran en la pared, al pie de la escalera central, y así se hizo.

Pronto se supo que la demolición iba muy avanzada y una mañana, el mayordomo informó a su señor que había venido uno de los jefes de las obras para decir que la tarde anterior no bien comenzaron a demoler los sótanos, habían encontrado un espacio hueco en el que vieron un cuerpo momificado pero aquella mañana, al volver al trabajo, y antes de que avisaran, les sorprendió que el cuerpo había desaparecido, Y querían comunicárselo al señor duque.

Éste oyó aquella noticia cuando tomaba su té. Dejó la taza sobre la mesa y los ojos se encogieron como si contemplara algo y su barbilla comenzó a temblar; miró fijo a un punto que no era el fiel sirviente que le hablaba.

Se puso de pie apoyándose en la mesa y la Inseguridad de sus manos se transmitió a todo el servicio del desayuno y su tintineo fue lo único que se oía en el amplio comedor.

—¿Qué es eso que dices? ¿Quién te lo ha dicho?— pero no esperó respuesta y arrastrando los pies fue hasta el balcón sin contemplar la calle y regresó a la mesa, se aferró a su borde y se venció sobre ella; se hubiera dicho que contemplaba la gran tetera de plata, regalo de la

emperatriz.

Luego, muy despacio, sin requerir el bastón salló al corredor y seguido por el mayordomo, caminó vacilante hasta las habitaciones de la duquesa y, en la puerta, hizo un gesto con la mano para detener al mayordomo; al entrar en la alcoba mandó salir a la doncella que estaba junto a la cama y él se aproximó a su esposa.

Una adornada cofia de cintas rodeaba el delgado rostro de la andana, aún acostada, cuyos ojos vivos y atentos miraron sorprendidos al que llegaba. Sobre la cama había un perrito de lanas que gruñía.

—Escucha —murmuró el duque acercándose mucho a ella—, me dicen, en el sótano, allí, han encontrado.

La anciana avanzó la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué han encontrado? —y aunque ella habló también en voz muy baja tuvo un tono estridente.

El duque sostuvo su mirada y afirmó con la cabeza. Y no hablaron más aunque sus caras denotaban por ligeros movimientos de las cejas y la boca que reflexionaban y sólo con los ojos decían sus pensamientos. Las pupilas de ambos a veces se dirigían hacia un lado pero volvían a encontrarse. Las mejillas parecían más consumidas, más afilada la nariz y de los labios escapaba una respiración sofocada.

A media mañana el duque mandó preparar el coche para ir a las obras y cuando llegó a éstas tuvo ante sí el gran espacio vacío que antes ocupara el antiguo palacio y del que ahora sólo veía montones de vigas dispuestas para retirarlas y sillares desplazados.

Avanzó, apoyándose en su bastón, y uno de los capataces, respetuosamente, volvió a contarle la historia del hallazgo la tarde anterior. El duque le escuchó, luego hizo con la mano libre un gesto despectivo y quiso bajar a los sótanos, ya descubiertos y que eran extensas salas de oscura piedra y lienzos de ladrillo. Bajó las escaleras —descansaba su mano en el brazo del lacayo— y pisando con cuidado llegó hasta donde un grupo de obreros, que al verle venir se quitaron los gorros, le mostraban el hueco entre dos bloques de yeso, en el que se veían unos restos de tela. El cuerpo que habían encontrado, según le contaron de nuevo, tenía la cara momificada y las manos parecían de barro reseco; un polvo oscuro recubría las ropas de color perdido, que se comprendía era una larga casaca como hacía muchos años se usaron, No se atrevieron a tocarla pero durante la noche había desaparecido y nadie se sabía explicar tan extraño hecho, y todos contemplaban el hueco vacío y al duque que estaba allí, callado y abstraído; no tardó en dar media vuelta y regresar a su coche.

A la hora de siempre, los duques cenaban, cada uno en un extremo de la mesa y la luz de los candelabros ensombrecía las facciones de ambos, silenciosos. Apenas probaban los platos y de vez en cuando se miraban aunque sin pronunciar palabras.

Mediada la cena, se oyeron conversaciones en la puerta del comedor y el mayordomo entró, se acercó al duque y le informó de que el farol, puesto al pie de la escalera, estaba encendido y nadie le habla echado aceite ni colocado la mecha.

Tardó unos segundos en comprender lo que le decían. Precipitadamente se levantó y fue hasta el rellano de la escalera, se apoyó en su baranda y vio que, efectivamente, el farol alumbraba, daba una luminosidad escasa, y bajo su círculo de luz, estaban el portero y dos criados con las bocas abiertas, mirando asombrados, Ninguno se hubiera atrevido a encenderlo sin que el señor lo mandase y además, aquélla no era la llama alta y carmesí tras los cristales de Murano, que ardió

decenas de años, sino una brizna de luz blanca y redonda que nadie comprendía lo que era. Pero el anciano, tras unos minutos de estar allí, regresó al comedor, se sentó en su sitio y fijó sus ojos en la duquesa y sólo hizo una mueca que equivalía probablemente a unas palabras.

La cena no fue terminada; ambos, en silencio, se retiraron a sus habitaciones y las campanadas de los relojes fueron dando las horas: nueve, diez, once, doce.

Todo el palacio dormía y estaba en sombras con el único difuso resplandor del farol al pie de la escalera.

El duque salió de su alcoba —llevaba un grueso abrigo— y paso a paso, tanteando con las manos, caminó hacia el interior de la casa, pegado a las paredes y comprobando los quicios de las puertas y las esquinas de los pasillos. Tocó una barandilla de hierro y aferrándose con ambas manos a ella, bajó varios escalones, los que pisaba cuidadosamente para evitar sus crujidos. Al llegar al final se golpeó con algo que hizo ruido y entonces quedó quieto un buen rato pero nadie al parecer se despertó en aquellas dependencias donde dormía la servidumbre. Avanzó con los brazos extendidos, unas veces tocaba muebles, o cajones de madera o ropa colgada a lo largo de las paredes. Finalmente alcanzó la puerta que conocía de algunos días haber entrado por allí a las cuadras, y esforzándose en no hacer ruido, fue descorriendo los cerrojos, abrió y salió a una noche de frío viento.

Bordeó las cocheras donde se oían los resoplidos de los caballos, salió a la parte pavimentada y tocando el suelo con el bastón caminó dando pasos cortos e inseguros. El viento había barrido las nubes y las innumerables estrellas daban su débil claridad.

Así fue avanzando e intentando distinguir el comienzo de las calles y la amplitud de las plazas donde parpadeaban farolas distantes, y se aseguraba de su camino por el perfil de los edificios conocidos pero con frecuencia debía detenerse y se apoyaba en un muro, vencido por un gran cansancio. Algún coche, alguna sombra apresurada, cruzó ante él pero toda la ciudad parecía dormir y guardar silencio. De las torres de la catedral llegaron dos campanadas y el duque, apretándose el pecho para cerrarse más el abrigo, seguía tosiendo insistentemente.

Y así fue yendo hasta el gran espacio que era cuanto quedaba de su antigua mansión. Allí, aún le fue más difícil entrar a través de los escombros y grandes hoyos que encontraba a su alrededor. A veces se arrodillaba para tocar el suelo y no caer pero no obstante, en dos ocasiones perdió pie y chocó contra restos de muros y se lastimó un brazo.

Suspiraba y tosía, dejaba escapar palabras sin sentido y en un traspie se le cayó el bastón de la mano, no pudo encontrarlo y lo tuvo que abandonar. Hacía un gran esfuerzo para ver por dónde habría de ir y lentamente fue descendiendo entre montones de tierra y vigas y al fin sintió bajo sus pies el pavimento liso de los sótanos y se dirigió hacia un lugar en el que no había dejado de pensar desde la mañana.

Llegó hasta él, lo tocó, pasó los dedos por los viejos y medio deshechos ladrillos y cuando se convenció de que era allí el sitio, introdujo las manos en el hueco y murmuró:

—Perdóname, hermano, perdóname.

Al decir aquello sintió que sus fuerzas estaban agotadas, se dejó caer en un saliente del muro pero conservó las manos en aquella abertura. Permaneció quieto un rato y volvió a decir:

—Hermano, hermano mío, perdóname, perdóname.

Sonaron distantes tres campanadas. Pareció que aumentaba el frío del viento en la cabeza: se la tocó y no encontró su gorro, caído probablemente sin advertirlo.

—Perdóname, perdóname.

Y pasó tiempo y unas veces decía en voz baja esta palabra y otras, casi gritaba, y tal grito desesperado llegaba lejos. Movía las manos sin parar y todo el cuerpo temblaba y llegó un momento en que el castañeteo de los dientes apenas le dejaba pronunciar aquello que era lo único que repetía:

—Perdóname, hermano, perdóname.

De pronto, sus dedos tocaron algo crujiente en el hueco donde tenía las manos. Palpó una materia blanda pero rígida, luego encontró otra superficie de tacto distinto y fue contorneando un rostro frío y duro, desde la abertura de la boca hasta los cerrados ojos, la frente, y al rozar una oreja ésta se desprendió y cayó haciendo un leve ruido.

El duque se irguió con esfuerzo. Dijo en un sollozo:

—Hermano, hermano.

No podía separarse de los ladrillos en que se apoyaba. Pensó confusamente que ya debía volver, rehacer el camino antes de que amaneciera. Con una mano aterida quiso apartar la oscuridad que le rodeaba.

EL QUIOSCO

El parque en invierno quedaba oculto por las nieblas y el frío pero en verano era un parque con avenidas de tilos, parterres, dos estanques para la charla nocturna de las ranas, macizos de flores y bosquecillos de abedules, sauces y viejos olmos. En lo más profundo de este parque había un quiosco de descanso con paredes de entramado de mimbres y enredaderas y allí la dueña iba todos los días del verano y permanecía horas y horas escuchando el grito de algún pájaro o el zumbido de los insectos o el silencio que soplaba en la enramada, y sobre el amplio diván dejaba un libro abierto o un abanico.

Pasaban los días y un jardinero joven la vio de lejos, le pareció tan triste y abandonada que entró en el cenador, se arrodilló ante ella, le cogió las manos y las besó y sus labios rozaron las azules venas de las muñecas. La señora le despidió con una sonrisa.

Al día siguiente volvió el hombre, repitió sus besos que subieron por los brazos, y otra mañana se atrevió a llegar al cuello, a la palpitante garganta, y allí buscó sus puntos más sensibles y la señora le dejó hacer y se reía suavemente.

También se rió al otro día cuando él le acarició los brazos y el corpiño de ligera indiana. Por la tarde entró en el quiosco una doncella del servicio que llevaba en las manos una corona de rosas, trenzada como hacen en las aldeas. Sin decir palabra, con cuidado, se la sujetó en la cabeza a la señora y luego le presentó un espejo y, mientras se contemplaba, la doncella le pasaba levemente los dedos por la nuca, por las orejas, bajaban al escote y allí posaba las manos y ágilmente le soltó los lazos del vestido y profundizó por el pecho sus caricias hasta que los ojos de la señora se exaltaron.

Lejos se oyeron voces y entonces los lazos fueron enseguida anudados y la sirvienta desapareció.

Al otro día, el jardinero llegó y repitió cada una de las caricias de la doncella, pero él abrió la camisa de la señora y besó respetuosamente los suaves pechos y cuando se hizo fuerte la respiración de ella, se retiró sin hacer ruido. Tras unos minutos apareció la doncella que inició un juego similar y ambas se rieron y por primera vez la señora tendió los brazos y estrechó a la muchacha y tocó su cuerpo bajo la fina blusa veraniega.

En la tarde del siguiente día se presentaron en el cenador ambos sirvientes. La doncella llevaba nuevas flores, se las dio a la señora y luego se acercó al jardinero para besarle y entregarse al amor ante la mirada atenta de su ama, sentada en el diván. Largo rato pasó así; de los dos cuerpos medio desnudos llegaban leves suspiros de placer y sus movimientos revelaban un dulce acuerdo. Y sólo cuando la señora se puso de pie, ellos se alzaron y la ayudaron a desceñirse la ropa y también recibió enseñanzas y se rió, se sintió morir y renacer y en las mejillas

arreboladas reapareció la alegría de ser joven.

Los días veraniegos iban pasando y la señora recorría siempre las avenidas del parque, miraba un pájaro entre la espesura, cortaba flores, leía a la sombra de un álamo y, luego, descansaba en el cenador y día tras día recibía a sus mudos y discretos visitantes que le traían nuevos e inesperados descubrimientos.

Así terminaba el caluroso agosto. Una tarde se oyeron pasos precipitados en la grava del paseo y surgió en la puerta del cenador el esposo. La señora se abanicaba, sentada en el diván, con las piernas recogidas, desnuda, sólo con un collar cercando la garganta. Él hizo una mueca de la mayor sorpresa, gritó que sabía todo, la depravación a que estaba entregada, sus pecados que habían convertido el quiosco en un antro de vergüenzas... Alzaba los brazos al cielo, vociferaba amenazas y sacando del bolsillo cerillas, prendió fuego a los mimbres de las ligeras paredes y rápidamente de ellas se alzaron lenguas doradas.

Al ver esto la esposa se levantó y salió del cenador apresurada, sólo llevando un chal e iba a cubrirse con él cuando oyó que el marido con voz enfurecida, le ordenaba marcharse y no mirar atrás. Pero el crepitar del fuego le hizo volver la cabeza. Pensó que no podía marcharse y deseó permanecer en aquel lugar de hermosas experiencias, junto a lo que fatalmente pronto sería un recuerdo. Y fue tan intenso este deseo de permanecer allí para siempre que súbitamente palidieron sus colores naturales, la rigidez avanzó por sus miembros, y con la cabeza vuelta, la mano izquierda sosteniendo el chal, su carne de ternura y suavidades, las proporciones admirables de la belleza, se transformaron en una materia dura y pulimentada. Así, una estatua de resistente piedra proclamaría en aquel parque la irreducible persistencia del amor.

EL CUCHILLO

El estudiante entró en el café y fue a la mesa donde ya estaban sus amigos, cerca de la orquesta, y al sentarse dijo; «Qué solas están las calles; esta ciudad nos matará con su tristeza... o nosotros acabaremos matando». Los reunidos le sonrieron.

En la mesa había dos mujeres maquilladas, con pequeños sombreros y cuellos de piel en los abrigos, las cuales, muy nerviosas, continuamente los abrían y cerraban mostrando collares de pedrería barata, Ante ellas, ceniceros llenos de cigarrillos a medio consumir con manchas de carmín en las boquillas, y varias copas que el camarero venía a llenar de un licor transparente. Todos estaban callados y bebían despacio.

En el estrado, el pianista tocaba un vals y tras él, inmóvil, le escuchaba otro músico de cuyas manos colgaba un violín. El joven comprobó que había pocos clientes en las otras mesas y que las lámparas parpadeaban y él sentía sobre su alma una capa helada de Imprecisa amenaza.

Apareció en el estrado la cantante con un largo vestido de lentejuelas negras que le descubría los hombros; llevaba adornos de plumas azules en el gran escote, y brillaba en el peinado una diadema dorada. Al llegar junto a los músicos les hizo una seña y ambos Iniciaron una melodía rápida; el violinista llevaba el compás con todo el cuerpo y los faldones del frac se agitaban tras él. Ella comenzó un cuplé francés.

Todos clavaron sus miradas en los gruesos brazos desnudos, en las plumas que se movían, en las arrugas del cuello que tensaba al modular palabras incomprensibles.

Las dos mujeres nerviosas se hablaron al oído y se rieron; luego miraron a la cantante y una de ellas se tapó la boca con la mano enguantada a la vez que hacía un guiño a uno de los hombres. Este afirmó con la cabeza y esbozó una sonrisa, El joven pensó que aquel cuplé lo había oído decenas de veces y lo mismo se repetiría su vida en aquella ciudad provinciana: en una cita, una boca fingiría un beso, el cartero traería las estúpidas cartas por la mañana, en el parque municipal tocaría la banda del regimiento, en su oficina seguiría el olor a humedad, y así sería siempre.

Vio que uno de sus amigos bajaba la cara sobre la copa que bebía para ocultar la risa y que atisbaba a la cantante, la cual, al cuchichear de nuevo las mujeres, volvió sus ojos hacia ellas en una pausa de la canción, Los músicos tocaban con brío, cada uno parecía seguir una música distinta y los solos del violín eran un chirrido hiriente. Pero la cantante accionaba abriendo los brazos, alzando exageradamente las cejas.

El joven bebió sin respirar el ardiente licor que contenía su copa. Recordó que para venir al café había pasado cerca del matadero —donde se veían luces y oyó el mugido de una red sacrificada—, por un campo que lo cruzaba una olvidada vía del tren, tan vacío como si fuera el último rincón del mundo; a él sólo le acompañaba la esperanza del alcohol de cada tarde.

El grupo de amigos se reía ya sin disimular y a través del humo de los cigarrillos miraba a la cantante. Ésta bajó el timbre de su voz y se inclinó hacia la mesa próxima, fija en los gestos de las mujeres.

Entonces el joven, incómodo, desvió su atención y cuando pasaba la mirada por una esquina del local vio dos figuras que se movían con violencia. Eran dos carniceros, uno sentado a una mesa y otro, de pie, que parecían pugnar por algo que se disputaban. Tenían pañuelos en la cabeza, los brazos desnudos y largos mandiles grises con manchas oscuras. Uno de los hombres sujetaba una cosa en las manos que el otro quería arrebatarse, pero las personas que había en las mesas cercanas no se volvían hacia ellos y nadie les miraba. Al joven le horrorizaron aquellos carniceros que nunca hubieran podido entrar en el café con sus sucias ropas de trabajo y se extrañaba de que estuvieran allí y los camareros que pasaban al lado no parecían prestarles atención. En la penumbra, los dos hombres, de aspecto brutal, en silencio forcejeaban rudamente y el joven se percató de que el motivo de la pelea era un cuchillo largo y fino que estaba en sus manos. Un cuchillo de matarife, un arma terrible.

Señaló, mudo, a sus amigos hacia el rincón y lo que allí pasaba pero ellos miraron y quedaron indiferentes. Nadie se daba cuenta de aquella escena incomprensible y amenazadora pero de pronto él notó que la cantante había callado, aunque la música seguía, y la miró y ella, con un gesto de horror, se volvía hacia el sitio donde se agitaban los matarifes; los ojos dilatados y la boca entreabierta, toda su fisonomía reflejaba la sorpresa y el espanto. También ella debía de ver lo que tenían en las manos. Luego su mirada se encontró con la del joven y ambos, asombrados, se interrogaban hasta que pasados unos segundos, los carniceros desaparecieron y el rincón de nuevo quedó vacío. Sólo el violín seguía chirriando dolorosamente.

EL MENSAJE

Hace muchos años conocí a un maestro rural que tuvo su escuela en la zona montañosa. A ella acudían niños de varias aldeas que debían caminar mucho para asistir a clase, bajo las lluvias de marzo o los vientos de otoño. En invierno, había en el centro de los pupitres una gran estufa de hierro, encendida todo el día; en primavera se abrían las ventanas y de fuera entraban abejorros e incluso mariposas.

Este maestro me contó un episodio que había ocurrido allí, en aquella aula no muy grande, con mapas en las paredes y el peculiar olor de los niños.

No sólo asistían éstos; también adolescentes que aprendían a escribir y alguna mujer mayor con deseo de saber lo que no estudió de pequeña. La región era pobre, de altas montañas cubiertas de abetos, de estrechas veredas entre arbustos y precipicios y casas aisladas junto a riscos o reducidos prados.

Entre los muchachos que el profesor tenía ante él todos los días se destacaba una jovencita alegre y confiada que estudiaba con interés y que tenía la belleza de los campesinos fuertes y pacíficos de la comarca, como serían los de su familia, hechos a cortar madera o trabajar la piedra.

El profesor se fue acostumbrando a escucharla, a dirigirle la palabra, a mirarla cuando ella levantaba la cabeza del cuaderno donde escribía; también se acostumbró, al quedar vacía la escuela por la tarde, a pensar en sus mejillas, en los ojos y en su risa, mientras repasaba un libro a la luz de la vela. Luego, se fijó en las manos de la muchacha, en cómo iba peinada, en los labios, y si recordaba estos rasgos de ella, y estaba solo, se sonreía y algo encantador sonaba dentro de él.

Una mañana invernal hubo tal borrasca de nieve que ningún niño acudió a la escuela. Él esperaba inútilmente, miraba por la ventana el campo borrado por una inmensidad blanca y, de pronto, se abrió la puerta.

Aquella joven se había atrevido a hacer un largo camino a pesar de la nevada y le saludó, mostrándole su satisfacción por haber podido llegar. Se sacudió los copos que la cubrían, se quitó la capucha, las manoplas y el grueso abrigo que colgó en los percheros. Al acercarse a la estufa, sonreía muy contenta y en su cara brillaban gotitas de la nieve deshecha.

Toda la mañana hablaron mucho porque al estar solos no hubo clase y como una necesidad que ambos sintieran, cambiaron entre sí opiniones acerca de lo que ocurría en torno a ellos, en el pequeño espacio donde vivían. Pero la sencilla conversación se fue haciendo más personal y la muchacha le describió los alrededores de su casa, de los que nunca había salido, que a ella le parecían los más bellos. Al describir aquel paisaje, mostraba tanto placer y tanto entusiasmo que enrojecía y el profesor le preguntó más detalles de un lugar tan atractivo. Ella le contó cómo eran

los manzanos rosados en mayo, las flores que crecían libremente en todos sitios, el arroyo que cruzaba un huertecillo donde su padre cultivaba algo, y luego exclamó ¡Venga usted a casa en primavera! y se lo repitió varias veces, incluso cuando ya se marchaba, en la puerta de la escuela, y el profesor, sin poder contener aquella sensación que le invadía cuando, solo, la recordaba, se inclinó y le rozó con los labios la mejilla que dejaba al descubierto la bufanda.

Varios días duró la borrasca de nieve y al terminar ésta se reanudaron las clases pero la muchacha no vino más. Al principio él no se atrevió a preguntar pero pasado cierto tiempo, unos niños que vivían cerca de ella, le dijeron confusamente que estaba enferma. Dos semanas después le llegó la noticia de que había muerto y al saberlo sufrió tal impresión que sin percatarse de lo que hacía, salió fuera, sin abrigo y sin gorro, y anduvo un rato sobre la nieve helada. Tardó tiempo en poder aceptar lo que le dijeron y miraba, entristecido, el pupitre donde ella solía sentarse.

Me contó el maestro que una mañana, cuando fue a encender la estufa, antes de que llegaran los alumnos, encontró sobre su mesa una hoja de papel en la que con letra torpe estaba escrito: «Venga usted a casa en primavera». No supo quién pudo haber dejado aquella hoja pues allí no entraba nadie sino él; le pareció algo incomprensible, la guardó y la leía una vez y otra y su pensamiento volvía y volvía al recuerdo de los labios que le hicieran tal invitación.

Cuando llegaron los últimos días de abril y las nieblas se disiparon y las manchas de nieve junto a las cercas fueron desapareciendo, una tarde, cogió el bastón y se encaminó al lugar donde sabía que vivió su alumna. Subió cuestas empinadas y tras una hora de marcha, descubrió una casa grande, aislada. Cuando estuvo más cerca le pareció que no había nadie en ella pero se aproximó a la puerta y desde allí, reposadamente, fue mirando los árboles que empezaban a echar brotes, la brillante hierba de una pradera, las flores silvestres que crecían entre las rocas; a lo lejos se veían colinas salpicadas de oscuros bosquecillos de abetos y más allá, la cadena de montañas cerrando el horizonte.

Todo lo contempló largo rato tal como lo habrían visto los ojos de la joven; era aquel paisaje en el que nació y único que ella conocería; acaso, debido precisamente a esta razón, fue por lo que, no teniendo nada mejor, se lo ofreció al maestro.

Éste no me contó más; quizá no sucedió nada en su monótona vida de enseñante; nada importante hubo sino aquella hoja de papel y aquellas palabras que yo interpreté como una oferta de amor tan ingenua, tan delicada y, me atreví a pensar, tan misteriosa.

EL ÁNGEL

La mujer cruzaba la gran plaza en cuyo centro se alzaba la columna rematada por una enorme estatua, un ángel con alas desplegadas que parecía a punto de volar.

La mujer solitaria cada mañana ponía en él sus ojos admirados, temiendo que en las ráfagas de otoño o en las nieblas del frío, desapareciera y no le viese más, y aunque sabía que para el ángel ella tan sólo era un punto negro en la inmensidad de la plaza desierta, le rogaba la acompañase en el largo trayecto cotidiano.

Y fue tal su vehemencia que el ángel la escuchó y entendió su insistente llamada y un día descendió de la columna y fue hacia ella con pasos vacilantes. Ante aquella figura gigantesca con las alas abiertas, la mujer sintió nacer la esperanza de ser correspondida pero al acercarse el ángel, vio que tenía los ojos vacíos.

Aun así, ella le preguntó: —¿Vienes conmigo?—, pero el ángel titubeaba, no respondió y poco después volvió a su lugar en lo alto de la columna.

Se quebró el fugaz proyecto de amor: ella sintió que terminaba su vida y estuvo a punto de hundirse en la tierra al comprender que no había sido mirada, que el ángel no vio nunca su gesto enamorado, Pero pensó en el deber del trabajo y en el camino que la esperaba recorrer como cada día y se resignó a seguir adelante. Ya nunca más buscaría el amor, ni el ángel bajaría al suelo.

Los solitarios cruzan la inmensa plaza pero ninguno hacia él levanta su mirada; saben que el ángel que está allí es ciego, un ángel solitario como ellos.

LA ESPOSA

La ciudad era desconocida; nadie sabía nada de sus calles o de su cielo, nadie parecía haber llegado a su estación un día, ningún amigo la había visitado. Aún más remota por el idioma que en ella se hablaba; aún más ignorada por su sombría historia de invasiones. Vastas plazas barridas por vientos otoñales, o casitas de un piso con jardines y tejados de zinc, unas veces bruñidos por las lluvias, otras veces recubiertos del cojín de las nieves. Solitarias barriadas, parques tranquilos, fugaces transeúntes y, a lo lejos, una azulada cadena de montañas; yo tenía esta imagen de antiguas fotografías desvaídas que anunciaban su aspecto desolado.

Yo iba allí y nadie me esperaba; quizá dos o tres conocidos y nadie más, y así podía pensarla libremente, tanto la ciudad que hubiera podido vivir cuando fui joven, tan llena de esperanzas, como, por lo contrario, ciudad funesta que al entrar en ella encamina por una larga calle fosforescente y húmeda hacia el final previsto fatalmente.

Sin embargo, me atraía. De forma inexplicable, cierta curiosidad se transformó en añoranza de algo que nunca supe qué era..., salvo un concreto interés literario.

A una sola persona esperaba encontrar. A un escritor: me interesaba conocerle, ser su amigo, hacerle preguntas calculadas y medir sus respuestas, pero habían pasado años y yo temía que los dientes acerados de los meses quizá hubieran destruido a aquel hombre, que el tiempo le hubiera devorado, a él y a sus personajes.

Hacía mucho que lo inesperado de las casualidades puso en mis manos ejemplares de una revista en la que aparecían sus relatos, No sabía más de él pero en aquellas páginas era evidente un talento creador, una observación original de los más sutiles y recónditos sentimientos.

En especial, del temperamento femenino. Había concebido tipos de mujer con sus matices más variados, con su riqueza de audacia, ternura y espontaneidad, pero a la par de ser personajes sensibles, estaban imbuidos de libertad y responsabilidad en sus decisiones.

Sí, yo tenía que encontrar a aquel autor de relatos en los que tan claramente se rompía el cerco destructor de los prejuicios y se proponía la belleza del albedrío.

Y una tarde llegué, al fin, ante su puerta —fue fácil dar con él—, ante la casa que habría sido sin duda el taller donde se forjaron las historias que tan bellas me parecieron; por aquella frágil puerta con cristales y un simple picaporte habría él entrado y salido con sus personajes, a los que yo conocía por la lectura, creados o reflejados, pero todos con una personalidad sorprendente en sus anhelos y determinaciones, Y como otro trémulo personaje, llamé al timbre de la casa y un hombre ya maduro, envejecido, me abrió y me contempló extrañado cuando yo me presenté, justificando mi visita de extranjero.

Pronto comprendí que no sería fácil romper su desconfianza y aunque me hizo pasar a la

habitación y sentarme a la mesa, donde había papeles y periódicos, él no pronunció palabra alguna y escuchó las explicaciones que le fui dando de mi rara aparición ante él. Para demostrarle la sinceridad de ésta, le hablé detalladamente de sus relatos, en concreto de uno en el cual predominaba la ternura de la tolerancia.

—¿Qué cuento sería ése?— e hizo un gesto de duda.

—Trataba de un oficinista casado con una mujer sumisa y cariñosa. El, todos los días, repetía la misma tarea, sin cambio, pero una tarde regresa a casa y la mujer no está; la espera impaciente, pasa la noche y ella no vuelve y no la puede encontrar tras buscarla por sitios conocidos. Al atardecer del segundo día ella aparece en la puerta, callada, abatida, le mira con temor pero él se esfuerza en comprender lo ocurrido: le coge las manos, se las besa y ella le dice: «Ha muerto, yo quería estar con él, me quería». Y ambos, como otra tarde cualquiera, reanudan su monótona existencia en la placidez de la rutina.

Llevó sus ojos hacia la ventana a su izquierda y por el gesto comprendí que el alma huía lejos de su cuerpo y del relato.

—¿Por qué hablar de ese cuento?— y fue tanta la desolación que maltrató su cara con un ensombrecimiento momentáneo que me apresuré a decirle que, en general, me habían interesado todos los suyos y que por ello deseaba conocerle personalmente pues entre tantos escritores leídos, él era el único en descubrir las soterradas voces del corazón y hacerlas arte.

—Bah, son cuentos escritos hace tiempo, pura imaginación, nada era verdadero, todo lo inventé aquí, en esta mesa, ante esta ventana— y al dirigir hacia ella su mirada se levantó, se acercó a los cristales y los rozó, mirando hacia el jardínlto donde arbustos aún verdes y un tilo joven alzaban sus ramas sobre la valla de la calle. —Todos los escribí hace mucho tiempo— aún repitió y permaneció de pie, casi dándome la espalda. Entonces me levanté, le tendí la mano para despedirme y me miró con ojos inexpresivos y no me retuvo; en silencio salí y él cerró la puerta apresuradamente.

Tuve la sensación del Inútil esfuerzo, pero luego vagué por muchas calles con el placer de estar en ellas. Recorrí lugares y perspectivas aunque sentí que atravesaba una ciudad nueva, que no era la que yo, en muchos años, había deseado; encontraba anchas avenidas con el fluir constante de los coches, altos edificios, actividad, público callejero... algo allí era distinto a la Imagen soñadora de un lugar propicio a la aventura de los afectos, al lento transcurrir del tiempo: acaso se habría roto definitivamente la sutil calidad de una fantasía novelesca.

Al día siguiente no pude contener el deseo de visitar nuevamente al escritor y de forzarle a hablar, que se viera obligado a contarme cómo preparaba sus escritos, cómo se formó su vocación de novelista e incluso qué trozos de vida, de gente, tenía al servicio de su escritura y cómo los fundió con la materia ardiente de la imaginación.

Volví a llamar a su puerta y me abrió con Idéntico ademán de indiferencia y otra vez, sentados ante la mesa, yo repetí los comentarios a su estilo conciso y armonioso y le conté en qué circunstancias le había leído. Él siguió mudo pero yo no cesé y me pareció que en su rostro se veía una larga experiencia de decepción, de pasiones y amargos sufrimientos, rebeldías e inevitables fracasos, Me propuse romper su mutismo pero no llegué a hacerle preguntas concretas esperando que despertara en él la necesidad de hablarme.

Al tercer día apareció una mujer junto a nosotros. Desde la puerta que siempre estuvo entornada, una mujer avanzó, mirándome; alta y erguida, con gran cabellera negra, ya no era joven. Quedó de pie un rato, al lado de la mesa y yo no interrumpí lo que estaba diciendo pero la

contemplé atraído por su extraño vestido de abalorios, de moda anticuada y un largo chal cubriendo los hombros que le daba un aire especial de elegancia.

Él fingió no verla y, como distraído, unas veces pasaba la vista por mi cara, con mínima atención, y otras, seguía el movimiento de las ramas del jardín tan agitadas por el viento de la tarde.

Un día tras otro yo fui a visitarle, sin desistir aunque su gesto hosco no era hospitalario y acentuaba su reserva. Me dije que para acercarme a él debía compartir su concepción de la literatura y le hablé de mis predilecciones, de mí mismo, de todo lo que yo había sido, y de las enseñanzas que obtuve de la lectura, pero él mantenía su silencio.

Y la mujer siguió a nuestro lado y me escuchaba, al parecer atentamente, pues a veces observé que en sus labios vibraba una ligera emoción, acusando lo que yo contaba. La calma de la casa, el escaso ruido de la calle, la penumbra del atardecer predisponían a la conversación sosegada y cuanto yo decía iba realmente dirigido a ella con la esperanza de que en cualquier momento revelase, apenas en una exclamación, lo que pensaba. Oscurecía más y sólo el rostro y las manos blanqueaban en la habitación, y quizá adormecida por mi insistente voz —como ese personaje del cuento de hadas al que petrifica el manar de una fuente—, permanecía inmóvil.

Una tarde, al salir y cruzar el jardincito, me encontré con la mujer al lado, Vi que me tendía las manos sin una palabra pero con un gesto espontáneo y bello. Las estreché sonriendo y ella volvió a la casa. Luego, creí comprender que con aquel ademán la mujer me compensaba de la desatención del escritor, pero a la vez era la entrega de un símbolo de su cuerpo quizá aún preservado del desgaste del tiempo, quién sabe si necesitado de amor. Se me antojó ver reunidos en ella rasgos de otras mujeres que yo había deseado, rastros que ahora reencarnaban en un cuerpo apenas entrevisto.

No renuncié a mis visitas pero llegó el último día y hube de despedirme del que no había querido aceptar mi amistad; nos dimos la mano y salí a la calle y eché a andar por la acera. De pronto la encontré junto a mí, con el chal azul por los hombros Igual que todas las tardes. Me miró con fijeza y sin decir nada se apoyó en mi brazo; la tuve tan cerca que vi su frente, sus pestañas, sus ojos —que parecían prometer o suplicar—, las mejillas, la boca contraída, y sentí el deseo de aproximarme más, de rozarla con los labios, Me cogió las manos y estuvimos quietos igual a dos enamorados, mudos, reteniendo aquel Instante raro, incomprensible, triste. Percibí con fuerza su proximidad turbadora, la crispación de la pasión contenida, y una trágica alma vacilante.

Enseguida soltó las manos y retrocedió sin dejar de mirarme y entró en la casa.

Yo también di unos pasos. Supe que todo había terminado, no la volvería a ver y no podría romper la fatalidad de tan fugaz conocimiento; me iba de aquel país y no tendría otra ocasión de regresar a la casa y encontrarla a ella: pronto, la Inexorable sucesión de los meses iría difuminando poco a poco en mi memoria su imagen y la extraña sensación que yo había experimentado, y sin tardar mucho tan luminosa posibilidad de amistad o de amor sería mero recuerdo desvaído, como las fotografías antiguas que tantas veces contemplé.

A uno de mis conocidos le conté las visitas al escritor y le pregunté quién era la mujer que vivía con él y que yo había visto. Hizo un gesto negativo y me dijo que el escritor no tenía mujer, hacía muchos años ésta había muerto y él quedó solo, Ella fue el personaje único de sus relatos. Pero yo repetí que en la casa vi a una mujer. Mi amigo lo negó y pasó a hablarme de mi próximo viaje.

Súbitamente pensé que acaso era ella a quien yo fui a buscar a aquel país, como ilusión

presentida que aguarda en las nieblas de la imaginación, como una llamada que a través de la literatura me hubiese arrastrado allí y que impregnó de intenso aliento femenino toda la ciudad que, sin explicación lógica, anhelé visitar.

No había nada real tras aquel presentimiento: tan sólo una hermosa figura fantasmal a la que, sin embargo, yo había mirado con amor.

EL TALISMÁN

Llegó la madrugada y como debía terminar el último encuentro de los amantes, ella le regaló un anillo para que lo llevase como recuerdo de sus citas apasionadas. Anillo que ella había lucido en su mano muchos años y que era un talismán muy antiguo, traído de Persia; quien lo poseyera, si se encontraba en peligro de muerte, debía besarlo y de la muerte le salvaría. Pero ese poder mágico tres veces tan sólo se daría y ninguna más, perdiendo después su efecto maravilloso.

El oficial de húsares se lo colocó en el dedo meñique y con él comenzó una larga vida militar en la que su consuelo, en momentos de calamidades, era recordar la pasión que les había unido. Contemplaba y hacía girar el anillo y le parecía que era un fragmento de ella, de su cuerpo fascinante.

Al cabo de unos años supo que su amante había muerto en el extranjero y tal noticia creó en su ánimo una sensación desesperada de necesitar verla de nuevo y repetir el viejo amor.

Pasó el tiempo, fue destinado a los regimientos que combatían a los montañeses rebeldes y por dos veces —una, tiroteado a poca distancia, y cercado otra—, besó el talismán y la situación cambió a su favor inesperadamente. Y ante la evidencia de la protección que dispensaba el anillo, él sentía aumentar la gratitud hacia su amante.

La tercera vez que [levó el anillo a los labios fue en un duelo a sable contra un enfurecido contrincante que le había desarmado y se disponía a atravesarlo con su acero. Retrocedió ágilmente y besó el talismán: detrás de unos árboles se oyó un grito llamando a su rival, y la voz, tan aguda y angustiada era, que éste dio media vuelta y corrió hacia allí y desapareció.

Respiró profundamente para serenarse, recogió su sable y despacio regresó al cuartel: nunca más volvió a encontrar a aquel hombre y olvidó sus agravios y el peligro corrido.

Una noche, estando en el acuartelamiento, entró en el despacho del comandante sin pedir permiso y encontró a éste y a su ayudante que tenían sobre la mesa la caja de la división, e inclinados sobre ella contaban monedas de oro. No tuvo duda de que estaban robando porque el general era quien guardaba la llave y aquel día estaba ausente. Los dos hombres se irguieron, le miraron demudados, y él comprendió que al verse descubiertos tenían que matarle; nunca le dejarían salir vivo de la habitación pues si les delataba, serían pasados por las armas. Claramente previo, en un segundo, lo que iba a suceder y que ya era inútil intentar defenderse: el comandante había sacado del cajón de la mesa una brillante pistola, y le apuntaba, y el ayudante se disponía a abalanzarse sobre él.

Carente de poder el talismán, su pensamiento, como una exhalación, voló a la mujer que se lo diera: recordó su belleza, sus risas, sus gestos de amor, la delicadeza de su piel, los detalles encantadores de sus caricias, y esa añoranza le Invadió y le estremeció. Como el último lazo con

la vida, el húsar evocó a aquel ser amado y la Intensidad de las horas que pasaron juntos revivió y en un instante se sintió arrebatado por el recuerdo de la pasión fervorosa.

El candelabro que estaba sobre la mesa cayó al suelo y, al apagarse las velas, todo se fundió en la oscuridad. Brilló el fogonazo de un disparo y el oficial notó que tenía a su espalda la puerta. La abrió con un rápido giro del brazo y salió al corredor, y en el momento en que salía, y por su cabeza pasaba la idea de haberse salvado de la muerte, le oprimió los labios el beso de una boca invisible.

A pasos rápidos se alejó hacia el puesto de guardia mientras acariciaba el anillo en su dedo meñique.

EL COCHE

El cochero esperó oír las detonaciones que anunciaran el final del duelo. Acariciaba al caballo que estaba inquieto y escarbaba la hierba, y pensó en que pronto un cuerpo herido gotearía sangre, y se le vinieron a la memoria las veces que había tenido ante él un rival ensangrentado, y cómo dos de ellos habían caído para no levantarse más. Él sabía dónde clavar el cuchillo que desde joven acostumbró a llevar escondido en el chaleco.

Pero la espera de aquella tarde se prolongó más que otras en que había llevado a oficiales a desafíos por asuntos de mujeres. Resonaron entre los árboles dos disparos y poco después vio cómo llevaban en brazos a un hombre que se quejaba y le acomodaban en otro coche. Un joven se aproximó y contempló la escena con una ligera sonrisa; en su mano aún conservaba la pistola.

Cuando se alejó el vehículo, vinieron los padrinos, hablaron con el joven, le ayudaron a ponerse la larga levita y, bromeando animadamente, subieron al coche e hicieron señas al cochero de llevarles a la ciudad. Éste arreó el caballo, que inició un trote para luego galopar.

Los señores charlaban y reían; dos veces le gritaron ¡Más deprisa! y el coche tomó velocidad, entró por calles, atravesó plazas y los transeúntes se apartaban a su paso sorprendidos de tan veloz carrera.

Entonces los viajeros le mandaron parar, mas el cochero en vano tiraba de las riendas y maldecía los cielos: no podía detener al caballo que parecía volar como un cuervo a ras de tierra. Enfurecidos, los viajeros gritaron, pero fue inútil y aunque daban golpes en la espalda del cochero, éste era incapaz de que el caballo obedeciera.

A una velocidad vertiginosa no tardaron en salir de la ciudad y galopando por una desierta carretera transcurrieron horas y horas. Se hizo de noche y a ambos lados del camino todo quedaba atrás: pasaban los árboles, los pozos, las luces de las aldeas, el reflejo de los ríos. Salió la luna y tendió su claridad sobre los viajeros que, desesperados, gimoteaban. Les fue cubriendo con su lívida luz fosforescente, puso un sudario en sus cuerpos y blanqueó los rostros demacrados.

Con ojos vacíos, ya sin pelo, con bocas desdentadas, los criminales aullaban, aferrados al negro coche que cruzaba campos y ciudades, pasaba a través de bosques y verdes sembrados y siempre su marcha imparable asustaba a quienes le veían venir y oían su triste alarido, y en una nube de polvo, se perdía a lo lejos para siempre.

EL RETRATO

Regresó a la casa familiar que no visitaba hacía muchos años y recorrió las habitaciones cerradas desde la muerte de sus padres y reencontró muebles conocidos y cuadros en las paredes que le trajeron a la mente peripecias de su infancia. Un olor Intenso a humedad y a polvo le daba idea de vejez, así que ordenó al ama de llaves retirar cortinas y abrir ventanas.

Sentado en el amplio comedor pensaba en el fin de su familia, en sus proyectos, en dejar pronto aquella casa y, extrañamente, se sintió ajeno al que fuera antes su hogar.

A la mañana siguiente volvió a revisar papeles antiguos y a abrir armarios, Se detuvo ante el tocador de su madre y recordó que sus hermanos le contaban que este mueble tenía un cajón secreto, Y aquella mañana, con toda paciencia, se dedicó a buscarlo; midió la profundidad de los cajones para comprender dónde podría ocultarse y, tras un buen rato de tantear el respaldo del mueble, retiró una tablita y encontró un espacio hueco.

De allí sacó papeles, cartas tan antiguas que la tinta se había borrado; sacó una cajita de laca negra que contenía dos sortijas y, después, un paquete pequeño: en un trozo de tela y atado con un cordoncillo había dos retratos a la acuarela: un hombre desconocido con gran bigote y una mujer de cabellera oscura que enseguida reconoció como su madre cuando joven. Recordaba bien su fisonomía y desde que llegó a la casa había contemplado varias veces un cuadro de ella en la pared del salón, Era una muchacha con hundidos ojos negros, los que el artista había reproducido acertadamente, que le daban una mirada Interesante por su fijeza.

Dejó en su antiguo lugar el dibujo del hombre y puso el de su madre apoyado en el tintero del escritorio para así poder verla con facilidad, y le intrigaba su gesto serio a pesar de la juventud.

Pensó entonces que no sabía nada de ella, ni de sus opiniones ni sentimientos; nunca habían hablado en confianza cuando él creció y ella le podía haber contado detalles de su vida, que un hijo, mejor que nadie, hubiera podido entender; ahora se dio cuenta de que su memoria estaba vacía de palabras de ella, incluso de la entonación de su voz.

Ya de noche, de pie junto a la mesa, bebía una copa y miraba dos libélulas que giraban en torno a la luz, cuando creyó oír una voz en el campo. Se volvió hacía la ventana abierta pero ésta era un cuadro de húmeda oscuridad. Se acercó a ella cuando otra vez le pareció que alguien gritaba lejos y de nuevo escuchó a través de las sombras: acaso un pájaro nocturno o un pastor que llegaba con el rebaño, y cerró la ventana.

Un día después, a la caída de la tarde, había salido al pórtico y respiraba la calma del crepúsculo y oyó el grito igual que la noche anterior. Muy distante, no podía distinguir si era de un hombre o de una mujer, casi sonaba como un lamento. Como se repitiera, hizo venir al ama de llaves pero ésta no oía nada y le miraba sin entender a lo que se refería. También se unió a ellos

una joven que trabajaba en la casa y tampoco oyó ningún grito. Sin embargo, él lo siguió percibiendo y decidió ir en la dirección que le parecía sonar.

Caminó un rato campo a través y de vez en cuando se detenía para escuchar. Amortiguado por la distancia, alguien daba aquel grito débil y contenido por lo que era así aún más inexplicable. Andando llegó al borde del estanque donde de niño había cazado ranas y había hecho navegar barquitos de papel, y allí, en sus orillas, jugó con sus hermanos. Su madre les vigilaba sentada en el césped, entre juncos y flores silvestres con la sombrilla abierta que la cubría de una luz tamizada.

Miró el agua que entonces ya se oscurecía reflejando el cielo del anochecer. Percibió allí algo que clareaba en su negrura, como una piedra hundida pero al fijarse le pareció una tela. Movido por las ondas de la superficie, lo que vio fue la cara de su madre joven, tal como estaba dibujada en el retrato que encontró en el tocador. Acaso más borrosa, más imprecisa, cambiado su gesto juvenil, pero era ella, estaba allí y aunque sólo la vio unos segundos, reconoció su pelo, la profundidad de los ojos y el vestido de color difuso que cubría los hombros; exactamente era la mujer de la acuarela que había colocado en la escribanía y que parecía contemplarle.

Y aquella aparición le hizo pensar que el grito lejano, que sólo él oía, sería una llamada, como un aviso de algo que no era capaz de entender pero que pudiera estar unido a algún secreto. Tuvo una ráfaga de comprensión de la totalidad de una vida que él ignoraba y hacia la que se sintió unido con cariño y respeto. Renació la desconocida persona de la madre y se percató de cuán gran espacio había ocupado dentro de su alma aquel ser sin presencia. Justamente allí, en la orilla del estanque, ella estuvo, presidiendo y protegiendo sus recuerdos infantiles.

Regresó a la casa con la seguridad de lo que debía hacer. Tomó las dos acuarelas que había encontrado, las envolvió en la tela y las ató igual que estuvieron antes, y colocó el paquetito en su rincón secreto, al cual puso la tapa para que permaneciera de nuevo como había estado tantos años, sin duda muchos.

Fue al comedor, impresionado por todo lo ocurrido y por sus mismas ideas. Miraba cómo goteaba la cera de las velas en el candelabro, según se consumían, se servía una copa tras otra de licor a la vez que escuchaba atento cualquier ruido que pudiera llegarle por la ventana abierta, No sonó el grito y pasó toda la noche sin que volviera a oírse; de fuera sólo entraba el aire fresco, los olores de la vegetación, el susurro de una lluvia fugaz, las libélulas atraídas por la luz, y mientras, aquel hombre reflexionaba.

LA BAILARINA

Llevadas las palabras por el viento, no entendió la noticia y el viejo amigo, tan viejo como él, que le paró en la calle, tuvo que repetirla y entonces comprendió que ella había muerto y el saberlo rompió la claridad del día y de las grandes nubes, y se percató de lo que era aquella noticia y en su mente se abrió el panorama de la lejana juventud y vio ante él, revivida en el sortilegio del recuerdo, la figura esbelta y blanca de la bailarina, entre luces y aplausos, coronada de pequeñas rosas, nimbada del amor que él nunca obtuvo.

La memoria le condujo hada un legajo de antiguos papeles donde él había guardado una carta que el arrebató juvenil dictó y que jamás fue entregada. Ahora la tomó en sus manos Inseguras, desdobló su papel amarillento y leyó las líneas ya borrosas; «Amor mío, espero siempre besar tus manos y el pulso de las muñecas donde fluye esa sangre tan querida que da un color luminoso a tu piel, te enciende los labios, bate en tu corazón y es mi alegría cuando amanece en tus mejillas. Déjame que suba por tus brazos, por el tibio camino de las venas, hasta los hombros, y que allí hunda mi boca y me sienta esclavo de tu carne».

Al día siguiente buscó el féretro en la penumbra de la iglesia y lo encontró en un rincón junto a tres figuras de mujer que rezaban en voz baja y se aproximó al rostro lívido que en nada recordaba a la que él había amado, y tuvo cerca las hundidas órbitas, las arrugas de la frente, la nariz descarnada, unos labios afilados en mueca de fúnebre vejez.

¡Amor mío!, murmuró y deslizó su antiguo mensaje de amor entre las manos cruzadas sobre el pecho y cuando se inclinó más sobre ella vio muy cerca el gesto juvenil que había admirado cien veces, la boca jubilosa, los seductores ojos brillantes de promesas que le miraban fijamente. Él dobló más la espalda y besó, al fin, una mejilla tersa y cálida.

EL ANÓNIMO

Un mensajero había traído una carta para él; se la entregó el criado en la bandeja de plata y para leerla se aproximó al marco de la ventana. Era un anónimo que decía: «Los últimos que se enteran de la traición de sus mujeres son los cornudos confiados, y tú eres un gran confiado».

Con indignación rompió aquel papel y lo tiró a las llamas de la chimenea pero toda la tarde se sintió con deseos de abofetear a alguien y durante la cena miró a su mujer insistentemente cuando ella hablaba de las visitas que pensaba hacer.

Un día después, el correo le trajo otro anónimo, tan insultante como el primero, diciéndole que las aventuras de su mujer eran conocidas de todos y acaso de él, que las autorizaba.

Se paseó por el despacho presa de Inquietud y de dudas. Sabía que ella sí podía tener un flirt con un oficial, pero estaba seguro de que no llegaría al adulterio, Mas en su ánimo crecía la inseguridad y un naciente odio contra ella y contra el autor del anónimo. Al tercero que recibió, redactado como los primeros, no dudó en ir a mostrárselo a la esposa para ver cómo reaccionaba ante tal acusación. La encontró en su tocador, arreglándose el cabello; hizo salir a las dos doncellas y ella, disgustada, escuchó con total indiferencia la lectura del papel y las palabras del marido, prestándole menos atención que a su difícil peinado ante el espejo. Con la altivez propia de quien era, rechazó las insinuaciones del anónimo y cortó la conversación, rogándole que saliera del gabinete y que no la ofendiese.

Él tuvo que obedecer pero había sorprendido una contracción de los labios de ella que le pareció delatora, y la sospecha aumentó y pensó en enterarse dónde iba su esposa, cuáles eran las casas que ella utilizaría como posible escenario de sus devaneos; muy notorios debían de ser éstos cuando un malvado —o un amigo— se decidía a denunciárselos. Y él anhelaba vengarse de quien le ofendía y, calculando quién podría ser, se complacía en la idea de matarle.

En días siguientes recibió otros anónimos; todos, redactados con pocas diferencias, aludían al comportamiento procaz de su esposa en idilios secretos, pero sin dar ningún dato concreto que le sirviera a él de absoluta certidumbre.

Una tarde, el último llegado, especialmente hiriente, lo tenía en la mano, apoyada ésta en el escritorio, sobre el cual estaba una pistola cargada a la que miraba, esperando usarla como único medio de poner fin a su deshonra. Al bajar los ojos comparó el papel del anónimo con el que estaba junto a la escribanía: igual color, igual tamaño, y la tinta, la que había en el tintero y la del anónimo, idénticas, cubierta ésta aún por las briznas brillantes del polvo de la salvadera, la cual también estaba allí, al lado de las plumas.

Llevó los ojos hacia la puerta: pasó por su cabeza que alguien, una mirada ajena, pudiese también descubrir aquel parecido Imprevisto que igualaba los anónimos a las cartas que él

escribía todos los días.

Aunque se apresuró a quemar la hoja recibida y hacerla ceniza en la llama del candelabro, la convicción de que era un papel idéntico a los que había en el escritorio, le dejó alterado pero no le detuvo en su decisión de terminar con aquella obsesiva angustia.

Empuñó la pistola y se encaminó a las habitaciones de la esposa. Entró y se vio reflejado en el gran espejo del tocador, con un gesto airado, la pistola, apuntando, y entonces ya no dudó de que tenía que matar al autor de los anónimos. Disparó por dos veces, la luna del espejo se rompió en mil pedazos y él cayó al suelo, En la pechera de la blanca camisa fue apareciendo una mancha de sangre.

LA GITANA

La fiesta de los gitanos terminaba. A lo largo de la noche, sus canciones y su música, unas veces lánguida y evocadora, y otras, endemoniada y fogosa, lograban que los asistentes se dejaran arrastrar por la exaltación o el ensueño. Los camareros llenaban las copas sin cesar y ponían nuevas botellas en las mesas; si un corazón huérfano se ennegrecía, si por la mente cruzaba un odio, un desengaño, alguna amenaza posible en horas futuras, aquel licor, frío y a la par cargado de llamas, disipaba todos los presagios y sólo cobraba importancia en aquel momento lo que expresaban las voces al cantar.

En una mesa estaba una mujer joven que aplaudía, llevaba el compás con la cabeza cerrando los ojos, y se reía, al parecer Inundada de una felicidad que le hacía más bella según pasaba la noche.

Pero el esposo se había dado cuenta de que estaba fija en uno de los gitanos jóvenes y éste también detenía su mirada en ella como si la atrajera hacia sí. Algunas veces, cuando la mujer bebía, alzaba la copa en un imperceptible brindis por él, ofreciéndole algo que el marido sentía como un desgarramiento. Por dos veces, le preguntó ¿A quién miras? sin atreverse a decirle claramente lo que le atormentaba, pero la respuesta se perdió entre el ruido y la música.

Los compases de la última canción todos los conocían y a todos daba su melancolía: «En la hora fatal del adiós, en la hora de la separación, todo me habla de ti».

El marido creyó notar que el peinado, las mejillas, los hombros de su mujer, se distanciaban, se alejaban, y luego, los brazos y las manos que descansaban en la mesa: una fuerza invisible se los llevaba. Entonces, enfurecido, se levantó y fue hacia el gitano, dispuesto a terminar con él. Éste le vio venir y comprendió lo que iba a ocurrir y el color bronceado de su piel palideció, pero esperó quieto y alerta.

El esposo le acercó la cara en un primer movimiento de desafío y cuando clavó sus ojos en los del gitano, le sorprendió que sus pupilas eran claras, transparentes: en ellas veía la cabeza de una mujer de revuelto pelo negro que se volvió hacia él y sonreía con un mohín de Ironía. Atónito, reconoció a su esposa: era el rostro de ella, sin duda alguna, pero ¿cómo estaba en el alma de aquel rival?

—¿Qué haces ahí? ¡Tan lejos!—, exclamó. Ella se rió y dijo ¡Lejos! Ahora llevaba unos pendientes largos y sobre la frente se movían moneditas de plata adornando el borde del pañuelo que le cubría la cabeza. El color de la piel se había oscurecido, los párpados le parecieron más rasgados, cubiertos por sombras de espesas pestañas y los labios tomaron el vigor de las pasiones. El esposo creyó que era una gitana la que allí estaba.

—¿A dónde vas? ¡No puedes marcharte! —pero ella afirmó con la cabeza y murmuró—: Sí.

Marcharme. Comprendo que soy gitana. Mi corazón no tiene cadenas, ni puertas cerradas, ni dueño. Me iré lejos, donde me lleve la nostalgia de un amor nuevo.

Y el marido, con doloroso estupor, vio que daba media vuelta y se alejaba por un sendero, entre campos de girasoles, bajo blancas nubes de verano.

EL JUGADOR

Sonaban las once y media de la noche y entró en la casa de la vieja condesa. Sin ser visto atravesó el vestíbulo silencioso, apenas alumbrado, y no le fue difícil descubrir en el piso primero la escalera que conducía a la habitación donde le esperaba la joven. Empujó la puerta y ella estaba allí, sonriente, con las mejillas encendidas y las manos juntas, quizá asustada. Era una primera cita de amor y aguardaba, ilusionada, oír las mismas palabras que el pretendiente le escribía en sus cartas.

Dio dos pasos hacia la muchacha, alzó las manos y en vez de acariciarla se las puso en el cuello y apretó con toda su fuerza. Ella se debatió sin poder desasirse y, a los pocos minutos, él la dejó caer sin ruido al suelo y allí quedó con un rostro totalmente distinto.

Entonces, él buscó por todos sitios, abrió el armario y tomó sortijas y pulseras mas no encontró dinero. Luego bajó despacio, cruzó las habitaciones en penumbra y se alejó por la calle con pasos decididos.

A la noche siguiente se presentó en la casa del aristócrata donde había juego, tomó una carta y puso sobre ella no un fajo de billetes, como hacían los otros jugadores, sino un puñado de anillos y pulseras. Oyó una voz que anunciaba: «Reina de espadas». Su carta no era aquélla, y había perdido todo., Al levantar la vista quedó aterrado: en el lugar del banquero estaba ella. Tenía la cara violácea, ojos en blanco y una extraña mueca en los labios; sobre la frente le caían mechones de pelo. Y vio que extendía su mano hacia las joyas, la mano, juvenil, suave y delicada, donde la noche anterior él debía haber depositado un beso.

LA NOVIA

Ella estaba encerrada en la casa y toda la familia la guardaba, preparando su boda con un noble, Le pintaban colores en labios y mejillas, le probaban cofias con cintas bordadas y la vestían con elegante ropa que de París y Viena hacían traer, faldas recamadas, corpiños con encajes, camisas de lino, brillantes botas de tafilete rojo.

El estudiante pobre la veía y la admiraba si ella, fugazmente, podía asomarse a una ventana; cuando salía acompañada, cruzaban las miradas o una sonrisa y por eso el estudiante sabía que ella le amaba. Padres y hermanos la vigilaban obstinadamente y desconfiaban de cuantos transeúntes pasaban por la calle.

Así transcurrió un año y, al fin, un día se celebró la boda y una gran comitiva acompañó a los novios a una casa recién construida con sólidos troncos de roble y haya. Toda la noche, el estudiante vagó en torno a ella, triste y desesperado, oyendo risas y canciones de los invitados. Tuvo que aceptar que su amor no era posible, que ella, suya, jamás sería y nunca ya habría de encontrar sus ojos enamorados. Cuando llegó a tal convencimiento fue en busca de una tea de pez, la llevó, encendida, y la acercó a la seca madera de la puerta, a los marcos de las ventanas, a las columnillas del pórtico, al alero del tejado, y fue rodeando de fuego aquella casa.

Huyó en la oscuridad, vio desde lejos cómo las llamas se agigantaban y cuando los vecinos acudían entre lamentos y llamadas, él regresó y contempló su obra.

Primero, salieron dando gritos los criados, luego algunos invitados tambaleantes, un músico con el acordeón aún en bandolera, pero cuando el pórtico se derrumbó entre chispas y resplandores, ya nadie más salió del torbellino de fuego.

Los inútiles cubos de agua que la cadena de los vecinos trajo desde el río, más bien parecían avivar la altura de las llamas y el sordo crepitar, al hundirse las paredes.

Al amanecer cesó el incendio y una masa de humo espeso cubrió las ruinas de la casa y su entorno. Y en la penumbra, el estudiante vio avanzar una figura clara que salía de la nube oscura; se le acercaba y, espantado, comprendió que era ella, que venía desnuda: ya no llevaba encajes holandeses ni brocados de terciopelo ni las blusas de seda, Se acercó al estudiante descalza, totalmente desnuda, la hermosa cabellera ya no existía. En voz muy baja le dijo: «No me hables, no me mires, Te ruego que me beses».

Temblando, sobrecogido, él acercó su boca a los labios tan deseados pero el beso no llegó a consumarse: todo el cuerpo, súbitamente, se convirtió en ceniza, se deshizo y en el suelo quedó esparcida, irreconocible su anterior belleza. El estudiante bajó una mano y acarició la impalpable materia del amor imposible.

LA CRUZ

Siempre en el portal, encargado de abrir y cerrar sus pesadas puertas, estaba el portero que hacía aquel trabajo desde que vivían los abuelos de su actual amo. A éste seguía saludando con todo respeto a pesar de haberle visto y hablado cuando era niño. El amo le sonreía y brevemente correspondía a sus saludos mientras esperaba el coche y por dos veces se había detenido a preguntarle algo cuando regresó del extranjero.

Una tarde le vio bajar por la escalera del vestíbulo y se fijó en su palidez y en una expresión rara que le alarmó, a él que tan bien le conocía: como si un reflejo interior blanqueara las mejillas, y los ojos y la boca se hundieran en la sombra y no tuviera mirada y la respiración se hubiese detenido. Un cambio tan intenso que el portero se acercó más a él por si sus viejos ojos se equivocaban, pero al confirmar lo que veía, se atrevió humildemente a preguntarle si se sentía enfermo. Al principio el amo pareció no oír y nada le contestó; estaba atento al coche que había pedido, pero pasados unos minutos, sin volverse, le dijo que debía ir a un duelo y estaba preocupado por lo que ocurriese.

Entendió el portero lo que él temía y buscó palabras de consuelo y de confianza pero no pudo hablar porque a él también le invadió un presentimiento de muerte. El coche llegó y, a la vez que le abrió la portezuela, con un impulso espontáneo, se quitó la cruz que llevaba bajo la camisa y se la tendió a su amo, mirándole fijamente a los ojos. Éste echó una ojeada a la pequeña cruz de madera renegrida y no la cogió pero el portero se la aproximó más y le murmuró que era milagrosa, la trajeron de Tierra Santa, que él la llevaba al cuello toda la vida, que así la habían llevado su abuelo y su padre.

Entonces el señor la tomó con dos dedos y la metió en el bolsillo de la levita; entró en el coche y al ponerse en marcha el portero se santiguó, entristecido, pero creyó que aquella cruz podría protegerle Igual que a él le había salvado de enfermedades.

Pasó la tarde y el coche no volvió. Se hizo de noche y el mayordomo, según costumbre, tocó la campanilla para que fuese encendido el farol sobre la puerta y ésta se cerrase, pero el portero no se retiró de allí. Quedó en el portal, en la oscuridad, esperando Intranquilo el regreso del amo y según pasaba el tiempo sentía mayor temor de una desgracia, y suspiraba y volvía a santiguarse.

Hacia la media noche oyó el rodar de un vehículo que se acercaba. Precipitadamente abrió la puerta, salió a la calle y delante de él se detuvo el coche que había oído, Pero aquél no era el de su amo, sino otro, sucio de barro, viejo y desvencijado, y el pescante estaba vacío: no había cochero, nadie lo conducía. Se abrió la portezuela, bajó su amo pero le pareció ser un hombre distinto: habían cambiado las facciones, la forma del cuerpo, y a la luz del farol, vio sus ojos dilatados, fijos, inmóviles. Le tendió una mano y el portero comprendió lo que había en ella, era

la cruz que se la devolvía; la cogió y quiso besar la mano que se la daba, Pero el amo volvió la espalda, subió con presteza al coche, y el caballo, sin bridas ni arreos, empezó a andar, y se fueron hacia el fondo de la calle negra y desierta.

La vieja cruz estaba mojada de un líquido frío y denso que manchaba los dedos del viejo portero y que goteaba en su alma consternada.

LA CAMISA

Al día siguiente, las dos amigas tendrían que separarse por mucho tiempo y pasaron la noche juntas, unas veces tristes y otras recordando, entre risas, momentos alegres que habían vivido. Conocían bien sus cuerpos y cómo acariciarlos y cuando amaneció y despertaron desnudas y entrelazadas en confidente cama, pensaron hacer algo que sabían era una costumbre entre gitanos: intercambiaron las camisas y se prometieron usarlas para mantener los contactos que las habían unido.

Empezaron a pasar meses y siempre que ella veía, como una más de las suyas, la camisa de su amiga, renovaba el grato recuerdo que la ausente le había dejado. Se escribían largas cartas para proseguir de otra forma sus conversaciones, y mantenían una amistad sincera y confidencial.

Luego, el tiempo fue distanciando la correspondencia y ella se casó y se lo comunicó a su amiga y con este motivo hubo un renacer de las cartas porque le era gustoso hacer comentarios acerca de su nuevo estado. No pasó mucho tiempo sin que ella tuviera que contarle las contrariedades de la convivencia. Luego, sin motivo, las cartas se hicieron menos frecuentes y sobrevino un período largo en que no se escribieron.

Inesperadamente supo que su amiga había muerto tras breve enfermedad. Fue tal su pena y desolación que se sintió abandonada y aquella noche, sollozando, releyó todas sus cartas, y recordando la encantadora relación con su amiga, sacó de un cajón del armario la camisa que le dejó, y que había estado allí casi olvidada, y la tocó y la olió por si aún conservaba rastros de ella.

Abrazó aquel trozo de fina tela y lloró contra él y se echó en la cama, abatida. Allí, se le ocurrió hacer algo y lo hizo seguidamente: se desnudó y estrechó contra su cuerpo la camisa.

Tendida, con los ojos cerrados, fue repitiendo con la tela lo que las manos y los miembros de su amiga habían hecho de forma imperecedera. Recorrió su cuerpo con aquella ligera prenda y todos los recuerdos a ella unidos iban acariciando zonas de piel finísima y sensible en las que su amiga despertó la intensidad del placer. Sentía sobre su pecho los ligeros pliegues de la tela, ésta iba a un sitio y a otro Igual que si entendiera lo que ella deseaba, Un imperceptible peso descendía hacia el vientre o parecía subir hasta los hombros y así fue experimentando iguales sensaciones que le producía el cuerpo amigo. Se precipitó su respiración, el pulso se hizo rápido y su cabeza se movía nerviosamente según insistía la presión de aquellos roces.

Lentamente la camisa fue aumentando de volumen y ella pudo abarcarla con los brazos y notó que la tela se llenaba y el peso encima de los muslos le hizo separar éstos y sintió un éxtasis que puso ardor en todo el cuerpo y entonces susurró palabras sin sentido.

Pasados así unos minutos, notó que unas manos subían desde las caderas y buscaban sus

pechos y unos labios igualmente conocidos se hundieron en su cuello y en la boca y entonces dio un grito de gozo, retorciéndose bajo una presencia que la dominaba. Y gritó el breve nombre de su amiga y mientras movía las piernas para aumentar el fuego de su vientre, murmuró las palabras de amor más bellas, más sinceras, sin callar lo que estaba viviendo en aquellos minutos, desnuda, extendido en la cama su hermoso cuerpo, sobre el cual se movía una fina camisa de batista, anticuada en su corte y en sus encajes, pero que había conservado la fuerza maravillosa del placer.

LA PIANISTA

Paseó mucho tiempo, absorto en sus reflexiones, y recorrió las calles en torno al ayuntamiento y luego se adentró por el barrio antiguo de solitarios jardines y casas deshabitadas, y atravesó callejas que daban a grandes patios abandonados y se perdió en una zona donde el silencio era total.

Yendo por una calle vacía oyó lejos un piano y tuvo curiosidad por saber dónde sonaba y se acercó hasta encontrarse ante un gran chalet con altos balcones abiertos, sin puertas y hundida una parte del tejado. No había cancela del jardín y dio unos pasos entre las hierbas que crecían en libertad. Pero el piano indudablemente sonaba allí, y pisando con cuidado, dobló la esquina y se aproximó a una ventana y comprendió que era del sótano de donde la música llegaba, Se Inclino hacia un ventanuco a la altura del suelo y vio luz: y una mujer que tocaba, con pulsación fuerte, una melodía monótona.

Miró con atención porque aquel rostro, al que daba la luz de frente, le pareció Igual al de una mujer que amaba y que conocía hacía tiempo. Se acercó más al sucio cristal del tragaluz y se fijó en ella: todos los rasgos de la fisonomía, rígida, con acusada palidez y larga cabellera negra, eran exactos a los de su amiga. Pero la veía con una expresión que nunca encontró en su cara, que le comunicó inquietud; ella seguía el compás de la música, se movía según el ritmo, fijos los ojos en el teclado. Vestía una blusa bordada con pasamanería que su amiga nunca usó.

Tan incomprensible era lo que veía que pensó en una alucinación: acaso dormía y soñaba con algo irreal y, a la vez, maldito. Se Irguió y los negros huecos de balcones y puertas le dieron miedo y no se atrevió a entrar en la oscuridad de la casa vacía y tantear hasta llegar al sótano y hablar a la pianista.

Lo mejor sería apartarse de allí, no pensar más en una escena tan desconcertante e ir a buscar a su amiga, como todas las tardes, y convencerse de que la visión de aquella mujer formaba parte de un desvarío momentáneo.

Salió con presteza del jardín y se orientó hacia los barrios del centro y con paso rápido fue hasta la casa donde vivía ella. Al entrar en el gabinete donde solían encontrarse, la vio sentada a la mesa con una baraja en las manos.

Él le pidió que le escuchara, quería contarle algo absurdo que le había sucedido. Ella le miró con sus espléndidos ojos confiados e inteligentes y le hizo una seña de aprobación; entonces él le contó con todos los detalles lo que había visto en el chalet abandonado, su espanto al descubrir que la mujer del piano se parecía a ella, que tenía sus mismas facciones, su mismo pelo y aunque sabía que no podía ser real, le había alterado. Sin duda su mente le habría engañado, como engaña la fiebre con delirios.

La mujer le escuchaba con atención; al principio pareció extrañada, luego, poco a poco fue cediendo su sonrisa y acabó seria, reconcentrada, mirando la baraja que tenía en la mano, Comenzó a alinear las cartas ante sí y en ellas apoyaba los dedos y las cambiaba de sitio; balanceaba la cabeza, con el peinado un poco deshecho, y él observó que palidecía lentamente, que las mejillas se tensaban y tomaban un tono ceniciento. Según formaba el solitario, se iba convirtiendo, ahora ya sin duda, en la pianista de la casa deshabitada.

LA MUERTE

Una mañana luminosa de cielo transparente vio en el jardín del chalet vecino a una mujer que cogía flores; era muy bella y vestía con elegancia. Nunca la había visto antes y a partir de entonces se interesó por ella y siempre que él salía a la escalinata de la puerta o se entretenía con los nietos que jugaban entre los macizos de adelfas, seguía con la mirada a la mujer que paseaba por el jardín, se sentaba en un banco, formaba un ramillete con las flores o se alejaba por umbrías alamedas, El color de su vestido nunca cambiaba, era azul, y la sombrilla blanca daba su transparencia al rostro que cada día era más seductor.

Llegó el verano. La mujer del jardín vecino estaba sentada en una butaca de mimbre, se abanicaba o parecía dormitar a la sombra de una acacia. Y esa actitud perezosa le atrajo más y le pareció encantadora. Se había acostumbrado a mirarla, ya fuera desde una ventana del primer piso, ya fuera a través del seto que separaba los jardines; la seguía cuando andaba por los senderos arenosos o quedaba inmóvil, fija en el chorro de una fuentecilla que sonaba en la tranquilidad de la tarde calurosa.

Bajo su ligero vestido azul, él adivinaba un cuerpo armonioso y bello. Observaba si el viento empujaba sobre la frente un rizo allí donde la cinta negra cruzaba siempre la gran cabellera rubia, de cuidadoso peinado. Así, transcurrido cierto tiempo, se sintió atraído por la desconocida y a todas horas pensaba en ella.

Cuando los niños le rodeaban o cuando debía apoyarse en un bastón, se le hacía evidente lo absurdo de sus sentimientos y casi se avergonzaba de aquella pasión que había ido creciendo hasta llegar a ser una obsesión, ora placentera, ora dolorosa. Reconoció la inquietud que pone en el alma su poderosa dicha. Se decía: «La sangre puede debilitarse en las venas pero en el corazón la ternura no se debilita».

Llegó a experimentar una especie de vértigo cuando la veía aparecer en el jardín contiguo y se alarmó ante la Intensidad de un arrebató tan ajeno a sus años, Una tarde sintió que éste llegaba a un límite Insoportable; se encerró en su habitación y con pulso tembloroso trazó en una hoja las palabras insensatas que estuvo rumiando varios días:

«Te escribo como el que nunca ha sido amado, sediento de amor, espero tu mirada, que me mires, que me tiendas las manos, como si yo hubiera estado siempre, todo el tiempo, sin amar, como si ahora fuera posible empezar contigo las horas del amor y antes no, igual que si se abrieran sólo ahora las alamedas de un amor triunfante».

Guardó la hoja en un sobre y hasta el atardecer esperó para ir, sin ser visto, a la casa de al lado.

Hizo sonar la campanilla de la verja de hierro pero nadie acudió; repitió la llamada

inútilmente y pasado cierto tiempo empujó y dio pasos en el jardín que tantas veces había contemplado y del que conocía bien las anchas alamedas.

Se acercó a la casa, subió la escalinata y al hallar entornada la puerta y abrirla, se extrañó de la oscuridad que había dentro. Pensó en retroceder pero estaba seguro de encontrarla a ella o de que apareciera un criado y a él le entregaría la carta. Tras permanecer un buen rato en el mayor silencio, gritó: ¿Hay alguien aquí? Y no obtuvo respuesta. Encendió una cerilla y la alzó por encima de la cabeza: el vestíbulo era grande y a la derecha, sobre una mesa, vio un pesado candelabro y al acercarse observó que de éste colgaban telarañas y una gruesa capa de polvo cubría la mesa. Apagó la cerilla y quiso retroceder y salir pero encontró que la puerta estaba herméticamente cerrada, Dio unos pasos, volvió a gritar pero esta vez la llamó a ella: ¡Amor mío! y avanzó hacia el interior de la casa donde le pareció escuchar pasos conocidos.

EL RELOJ

El regalo que tanto esperaba llegó de Inglaterra: era un reloj de sobremesa que enseguida fue colocado en una consola del salón entre dos altos candelabros; allí se destacaba toda su belleza de bronce labrado sobre una base de caoba que atestiguaba su antigüedad.

Pero al día siguiente de haberlo recibido, él se dio cuenta de que no oía el tictac de su maquinaria. Se aproximó, tuvo que acercar el oído a la carcasa metálica y entonces sí lo oyó: intenso, rápido. Mas al inclinarse para escuchar, le sobrevino un acceso de inmotivada tristeza y rompió a llorar e Incluso dejó escapar un par de sollozos. Estuvo así unos minutos, apoyada la mano en la consola; notaba las piernas súbitamente débiles, entregado a un llanto angustioso.

Dio unos pasos hacia el centro de la sala y allí se tranquilizó; luego, sin comprender bien lo que había ocurrido, volvió a sus ocupaciones, secándose aún las lágrimas con el dorso de la mano.

Un día después, el reloj se paró: fue a darle cuerda con su llavecita dorada y no bien acercó la mano, le acometió una necesidad imperiosa de comer, notó un hambre que invadía su estómago y subía hacia el paladar, Pero cuando se alejó de la consola y pensaba pedir algo con qué satisfacerse, se aminoró aquella sensación y pasados unos segundos desapareció.

Comprendió que la cuerda del reloj apenas duraba doce horas, y puesto que le gustaba admirarlo, estaba atento por si se detenía, Aproximó la cabeza para comprobar su marcha y el corazón se puso a latir desenfrenado como si hubiera sostenido una carrera o sufrido una grave emoción, Pero, estremecido, mirando el minuterero que avanzaba normalmente, se apartó de la consola y le volvió la tranquilidad y el pecho anhelante descansó.

Otro día estaba fijándose en el trabajo esmerado de la guirnalda que rodeaba la esfera y en unas figuras que había en las columnillas laterales, y cuando rozó éstas con sus dedos, no sólo oyó claramente el tictac, antes apenas perceptible, sino que experimentó como si una mano le apretase la garganta y casi lo ahogara, y tuvo que retirarse bruscamente, Entonces, hubo de pensar que la proximidad al reloj le producía una alteración incomprensible, pero no quiso admitir esta idea absurda, que solamente podría explicarse si el reloj estuviera impregnado de un veneno que, al respirarlo, le provocase tal conmoción.

Pero dos días más tarde, cediendo a su misma incertidumbre, fue a cerciorarse y puso la mano encima del remate en forma de hojas y flores. Primero, una oleada de vergüenza que con rubor le subió al rostro; después, una alegría interior sin nada que la justificase.

Aquella fue la comprobación indiscutible de que sufría una rara influencia. Repitió el movimiento: sintió cólera, una dolorosa bofetada, un largo beso en los labios y la angustia desgarradora y la percepción de estar ante un peligro inminente le emocionaban y sacudían su

ánimo y ponían en su conciencia la convicción de que aquello se debía a un poder secreto del reloj.

Le alarmó tal conclusión y decidió mandar que lo llevaran al sótano y allí quedara, olvidando aquel regalo que tanto apreciaba.

Por la noche, fue a encender las velas de los candelabros de la consola y percibió el tictac que conocía por su ritmo especial. Se quedó estupefacto y entendió que el maleficio del reloj había pasado a los candelabros y ahora ellos también marcaban la marcha del tiempo.

Llegó la mañana y fue a la sala donde el criado ya le había servido el desayuno. Se sentó a la mesa y cuando cogió la tetera metálica, también ésta emitía una suave vibración, no del agua hirviendo que a veces hace temblar la tapa, sino debido a que la tetera repetía el tictac del reloj embrujado.

Igualmente el azucarero, los platos, las cucharillas, todo lo que estaba ante él participaba de aquel inquietante movimiento de la materia, idéntico al golpe del corazón humano.

A partir de entonces, cuantos objetos rozaba apenas con las yemas de los dedos, daban el mismo golpeteo acompasado que, más que oír, sentía en su piel como la sangre acelerada. Infinidad de sensaciones y estremecimientos del alma se repetían una vez y otra.

Poco a poco en sus manos también apareció aquel ritmo y ascendió por los brazos hasta identificarse con el pulso, y así comprendió que el reloj se apoderaba de él y que su propio cuerpo ya marcaba horas, minutos, años que él no podría detener.

En torno suyo descubrió idéntica marcha: en las paredes de su casa, en las monedas, en las comidas, en el empedrado de las calles y en los árboles, tanto en una sencilla hoja arrastrada por el viento como en la piedra de los macizos puentes que cruzaban el río; él estaba sumergido en el tictac de un corazón Inmenso que resonaba bajo sus pies y que alcanzaría hasta las parpadeantes estrellas, y él habría de seguir viviendo dentro de aquel reloj con su fluctuación de placer a espanto, con sus innumerables emociones, con su latir incontenible. Y él no sabía qué nombre darle.

EL AMIGO

En aquellos meses vivía yo con mis tíos y, libre de obligaciones, me daba largos paseos todo el día y recorría los alrededores del pueblo. Primero, atravesaba los huertos y saludaba a los dueños que trabajaban entre hileras de manzanos y hortalizas, y luego me adentraba por campos que fueron antiguos sembrados con bosquecillos de robles y de encinas.

Recuerdo que aquella mañana me alejé más e incluso salté sobre las piedras alineadas para vadear el arroyo y dejé atrás éste. Sería ya mediodía cuando vi a la derecha una casa de empinado tejado de pizarra y según me aproximaba me pareció que no había nadie en los alrededores. Sin embargo, la puerta no estaba cerrada y en la fila de ventanas, alguna tenía los postigos abiertos de par en par.

No dudé en acercarme y despacio llegué hasta la puerta y llamé en ella y pregunté si había alguien. Nadie respondió; di la vuelta a la casa, que no era muy grande, y me decidí a entrar aunque hoy aún me pregunto por qué lo hice y qué pretexto hubiera alegado al encontrar dentro a su dueño.

Pasé un vestíbulo y entré en un gabinete amueblado con elegancia, cuadros en las paredes empapeladas y cortinas ligeras en las dos ventanas. Lo primero que me sorprendió, al pasar la vista por una de las mesitas en las que había floreros y lámparas, fue un cenicero en el que se apoyaba un cigarrillo a medio quemar: encajado en una larga pipa de hueso, vi que de él se desprendía una voluta de humo. Comprendí que alguien acababa de dejarlo allí, y ante esto, volví a llamar en voz alta pero tampoco tuve respuesta.

La habitación contigua era una soleada alcoba, sencilla y confortable, y la pieza siguiente, un comedor, con una gran mesa en su centro. Sobre ella, había un juego de té con platos y cucharillas y el azucarero y éste precisamente me recordó otro que yo conocía bien, que había visto en algún sitio. Ante esta idea, me aproximé a la mesa y al rozar ligeramente la tetera percibí que estaba caliente; junto a ella, una taza medio llena de dorado té. Entonces ya estuve seguro de la presencia de una persona en la casa. Iba a marcharme, cuando recordé que yo había tomado el té muchas veces en aquellas tazas y había usado aquel azucarero. Al levantar los ojos, se me representó el comedor de la casa de mi desventurado amigo Raúl en el cual, hacía años, solíamos reunirnos con frecuencia. Efectivamente, cada mueble, el mantel, el oscuro aparador de nogal e incluso la luz, eran idénticos a los que yo allí veía. Me estremecí, entre la sorpresa y el desconcierto, y tuve una impresión inquietante.

Corrí a otras habitaciones y todas las reconocí y en cada una de ellas encontré las pertenencias que acompañaban en vida a Raúl durante los años de nuestra larga amistad. Allí estaban los guantes de gamuza, su portalibros, con el que tantos días le veía llegar a la universidad, su gorra

gris, la tabaquera de alpaca. En el respaldo de una silla colgaba su bufanda escocesa; en una mesa del gabinete, el conocido bloc de notas, desgastadas sus tapas de cartón...

Pasé a otro cuarto que reconocí como el estudio donde trabajaba mi amigo. Sobre el escritorio estaban sus anteojos, que él llevaba sujetos al chaleco con una cinta negra, y al lado, su cortaplumas con mango de pasta verde. En el centro, delante del tintero, una pluma descansaba sobre un blanco papel y allí había trazadas unas líneas que fui a leer. Pero su comienzo era mi nombre e igual que si hubiera sido herido en los ojos, me eché para atrás y no leí más. No quise saber lo que se me decía en aquel escrito cuya tinta parecía aún fresca.

No pude evitar dar un grito con su nombre, como si aún hubiera la esperanza de que me respondiese. Mi voz tuvo el sonido desagradable de la angustia.

Un terror incontenible se apoderó de mí y busqué la salida y me alejé, intentando despertarme de tan inexplicable pesadilla.

Cuando llegué a casa, vi a mi tía en la puerta del jardín que me preguntaba algo pero yo pasé a su lado y sólo le respondí que venía muy fatigado del paseo.

LA SOMBRA

Estaba el padre sentado en un sillón próximo al ventanal, y tenía en sus manos un fajo de cartas que según iba leyendo depositaba en la mesa cercana.

La puerta de la estancia se abrió y entró el hijo mayor que avanzó hasta situarse delante de él.

—Padre —le dijo—, escúchame: no quisiera alterar tu tranquilidad estos meses en que estamos juntos pero me siento obligado a hablarte de algo que me inquieta. Desde hace días, cuando estoy solo, empiezo a notar que hay alguien cerca de mí. Poco a poco gana fuerza esta sensación que no puedo evitar, aunque esté trabajando o ensayando con el violín. Como si una persona hubiera entrado en mi habitación y, en silencio, me mirara.

No tengo más remedio que volver la cabeza pero... no hay nadie, nadie está cerca de mí. Sin embargo, lo siento claramente y me asusta.

Los ojos del padre se habían ido reduciendo mientras oía aquellas palabras y luego los llevó de la cara del hijo a los bellos dibujos de la alfombra.

—No debes preocuparte, hijo —exclamó—, Eso que te ocurre es, sin duda, resultado de la tensión de la sangre en el cerebro, o tus mismos pensamientos o tu pasión por la música. No le des importancia, será pasajero y en pocos días lo olvidarás.

El primogénito no respondió y con una actitud respetuosa, que todos los miembros de la familia mantenían para con el padre, salió de la estancia.

Fue hasta el salón, donde hacía años estaba el piano, lo abrió y, sin sentarse ante él, tecléo unos compases mientras su vista se perdía en la cristalera que daba al jardín, tras la cual se anunciaba el atardecer. Oyó unos pasos y al volverse vio a la hermana que se aproximaba.

—Te estaba buscando, hermano, me siento nerviosa y triste. No puedo estar sola, necesito hablar con alguien, contigo, si es que me quieres escuchar. Verás, te voy a contar un motivo de inquietud, acaso es la preocupación de estar enferma, no sé, pero a veces estoy segura de que a mi lado alguien respira, y ya comprenderás que no hay nadie y debe de ser sólo Imaginación mía.

—Pero, ¿de verdad, no hay nadie? Al que respira, quien quiera que sea, ¿no puedes verlo?

—No, no veo a nadie. Ya te digo que tan sólo es una impresión, algo como las alucinaciones que tienen las videntes.

—Sí, pero nosotros no somos videntes. ¿Te has asegurado de no ver... alguna cosa?

La hermana se tapó la cara con ambas manos y emitió con la garganta como un sollozo y seguidamente le miró con una mueca de enfado.

—¿Qué crees que voy a ver? ¿A qué te refieres? No veo nada, sólo me parece que se acerca a mí un susurro igual a una respiración. Es eso lo que te digo.

Él se pasó por los ojos la mano con que había rozado las teclas, suspiró y habló en voz muy baja:

—Pues yo sí veo, hermana, veo algo, no sé bien lo que es pero cuando estoy solo percibo como si unos ojos me mirasen.

Ella dio un breve grito y se estrechó contra él a la vez que la boca se contrajo, mirándole de muy cerca.

—¿Qué ves, dime qué ves?

—Una sombra, veo una sombra, no te puedo decir más.

La joven encogió la cabeza entre los hombros.

—Ay, como yo, hermano mío. Te he mentido: yo también veo esa sombra, y me horroriza.

En el ventanal resonó súbitamente una ráfaga de lluvia y, fuera, las ramas de los árboles se movieron con violencia.

—¿Sí? ¿Igual que yo? ¿Qué será? Estoy pasando unos días angustiosos: en cuanto me quedo solo comprendo que estoy acompañado, y es una sombra, solamente una sombra.

Los dos hermanos se miraron, pendientes de lo que se decían pero el ruido de la lluvia les hizo fijarse en la cristalera sacudida por el aguacero que la azotaba. Estuvieron mucho tiempo en silencio, junto al plano; ambos parecían reflexionar sobre lo que acababan de confesarse, Hacían gestos de duda.

Cuando el anochecer fue dejando oscuro el salón, en el reloj de pie sonaron las campanadas de las seis de la tarde. Entonces echaron a andar, pegado uno al otro, y fueron al gabinete de la madre que ya estaba iluminado con una viva luz de petróleo y el fuego en la chimenea.

La madre parecía esperar a sus hijos, sentada ya a la mesa en la que se veía colocado el servicio de té. Los hermanos tomaron asiento y aguardaron unos minutos a que llegara el padre que cerró la puerta tras él. Antes de sentarse, se acercó a la ventana y contempló un momento la oscuridad y la espesa lluvia.

Sirvieron el té. Con las tazas en las manos, todos callaban hasta que el hijo habló.

—Padre, a mi hermana también le atormenta la misma sensación que a mí. Tenemos miedo. Como si hubiera alguien junto a nosotros.

El padre miró a la joven, extrañado.

—¿Qué sientes, hija mía? ¿Qué te asusta?

La joven negó y sostuvo la taza ante los labios; la madre la miraba fijamente.

—Sí, padre —Insistió el hermano—, igual que yo. Pero debo decirte que antes te he mentido: te dije que no veía nada y no es esa la verdad; si me vuelvo hacia donde creo que hay una presencia, si miro por encima del hombro, veo algo, como una sombra. Y a mi hermana también le ocurre lo mismo.

La voz de la madre le interrumpió:

—¿Una sombra? ¿Qué es eso de ver sombras? Estáis mintiendo, eso no puede ser cierto.

—No, madre, no mentimos, es una sombra que nos asusta. Cuando estoy solo, cuando bajo a la biblioteca, cuando hago música o cuando leo o escribo una carta.

—¿Qué te ocurre entonces?— la madre se inclinó hacia él y levantó la mano como si fuera a contener algo que se caía pero el hijo no vio este ademán porque hundía su mirada en la taza de té humeante.

—Una sombra. ¿Cómo es esa sombra?— intervino el padre.

—¡No preguntes eso! —exclamó la madre—. No hay tal sombra, es una fantasía de ellos.

—Sí, se lo pregunto. Hijo, ¿cómo es la sombra?

—No sé, padre, no sé cómo es ni de dónde viene ni por qué está a mi lado. Pero en algunos momentos es tan fuerte la sensación que tiemblo, huyo, me bajo a hablar con los criados o con el jardinero.

—Yo también tiemblo y la veo, y busco la compañía de quien sea porque sólo entonces me siento libre —dijo la joven temblando.

—¡Callaos! —ordenó la madre irguiendo el busto y dando con la taza en la mesa—.

¡Basta de hablar de eso!

El padre se dirigió a la joven y al preguntarle: —Hija mía, esa sombra que ves, ¿qué... tamaño tiene?—, ésta dio un grito y se llevó la mano a la boca: miró con ojos espantados al padre.

—¿Por qué preguntas eso? —volvió a recriminar la madre, encarándose con él—. ¿Qué quieres decir?

—No, padre, eso no —murmuró el hijo—; será mejor no pensar en ello.

La hija sollozó pero fijando sus ojos en el padre fue ella quien a su vez le preguntó:

—¿El tamaño... que tiene?

La madre levantó la voz:

—¿Por qué le preguntas lo que tú bien sabes? Si tú también la ves y lo niegas..., —y estas palabras dichas con una entonación cortante y rápida hicieron estremecer al padre.

—Es lógico que yo le pregunte.

—¿Es que vas a ocultar que esa sombra maldita...?

—Yo no veo ninguna sombra. Yo soy noble y nunca mis ascendientes tuvieron visiones, y yo tampoco. Pero quiero preguntar a mis hijos.

Hubo un silencio y sólo se oía el batir de la lluvia que caía en el jardín y el viento que a veces removía las llamas de la chimenea.

—¿Es que tú, padre, sabes el tamaño que tiene? —Habló primero el hijo dirigiéndose al padre y éste sin responder preguntó;

—Lo que tú ves, ¿es acaso... pequeño?

La hija volvió a dejar escapar una especie de lamento y hundió la cara en su pañuelo.

El hijo tardó en contestar; contemplaba el rostro del padre como queriendo descubrir el motivo de la pregunta.

—Sí, padre. Es pequeño. Me espanta. Pequeño, sí.

—Estáis locos para hablar de esas cosas. ¿No comprendéis que es una fantasía, una mentira?

—Pues es verdad, madre: yo veo una sombra pequeña a mi lado, como si respirase un ser, pero yo no le oigo, es que tengo la certidumbre de que está allí y si me vuelvo, lo que veo es... algo pequeño, en el suelo.

La hija habló con voz convulsiva y muy deprisa con un gesto que podría hacer pensar que se ahogaba, al mismo tiempo que estrujaba el pañuelo entre los dedos.

Bruscamente, la madre se puso de pie, miró a todos, miró la ventana, la habitación en torno suyo y murmuró:

—¡Qué terrible es lo que decís! ¡Qué tristeza tan grande llena mi alma, y mi corazón se siente solo en esta noche de muerte! Y esa sombra que vosotros veis, estará aquí, en nuestra casa y ya

para siempre me seguirá adonde vaya, y entrará en las habitaciones vacías y subirá tras de mí las escaleras y cuando duerma, estará conmigo, y sabré que de ahora en adelante será mi compañía.

Al callar, oyeron en el vestíbulo el lejano llanto de un niño. Todos se miraron entre sí. En la ventana, la lluvia seguía resonando.

LA DIVA

Terminados los últimos acordes de la orquesta, los vítores se extendieron por la sala y crecieron como olas los aplausos. La hermosa diva con los brazos aún abiertos estaba de pie junto a las candilejas y sonreía pero no oía nada: sólo una voz que hablaba dentro de ella; «Sal fuera, ve al canal». Se preguntaba, ¿por qué me digo esto? La ovación proseguía y ella deseaba terminar, que bajase el telón y huir al camerino.

«Ve al canal», oía esta orden en su interior y luchaba por borrarla de su pensamiento. Se decía: «Un triunfo, una noche triunfal», pero las extrañas palabras la acosaban en una conminación inquietante y permanecía rígida, sin saludar, con los ojos fijos en la oscuridad de un público entusiasta.

Cuando entró en el camerino se sintió rodeada de amigos y creyó que resistiría la tentación pero enseguida comprendió que era más fuerte que su voluntad y no podría negarse, así que en un momento en que estuvo sola, se envolvió en la gran capa y corrió por los pasillos apenas iluminados y sin ser advertida salió al frío de la noche y rápidamente caminó hacia donde el canal alzaba sus pretilos de hierro.

Al llegar allí buscó algo, buscó el motivo del impulso que sentía con tanta vehemencia. Junto a la baranda, distinguió una sombra inmóvil y fue hacia ella hasta ver que era una mujer vieja, envuelta en ropas confusas y harapientas, con un negro pañuelo a la cabeza, y una mano extendida pidiendo limosna. Y oyó que cantaba, con voz gutural y rota porque las ráfagas de viento arrastraban lejos los compases, y algunos momentos callaba y luego se volvía a oír la imprecisa melodía. Se acercó más la diva y aunque la luz de un farol apenas le permitía distinguir los rasgos del rostro, entre las arrugas y la demacración de la vejez, había dos ojos pequeños y redondos que la miraban fijamente y ella creyó reconocerlos, haberlos visto tiempo atrás.

En un total silencio la voz torpe y sin fuerza se precisó. Cantaba una canción muy popular de hacía muchos años y la diva entonces comprendió que la mendiga era quien la atraía allí; tuvo que buscar de nuevo por el laberinto de los recuerdos y encontró que era una romanza que su madre cantaba sentada al piano, a la cual envidió más de una vez.

De pronto tuvo la seguridad de que aquellos ojos eran los de su madre. Tan estremecedora fue esta idea que sintió pararse el corazón y la respiración se cortó en la garganta. Luego, pudo murmurar: ¡Madre!, y tendió la mano para rozar la que presentaba la mendiga. Pero ésta ya no estaba allí.

Se encontró sola junto a la baranda del canal cuyas aguas fluían en silencio; la avenida se extendía a lo lejos y más allá brillaban las luces del teatro. Quiso entonar el estribillo de la romanza y escuchó su propia voz entrecortada, y tendió, abierta, la mano derecha igual que si

pidiera una limosna.

LA BRUJA

Cuando recibí el aviso de mi tío para que fuese a verle, yo no pude imaginar cuál sería el motivo, pero no tardé en saberlo y resultará difícil de creer para cuantos le conocían; acaso por primera vez en su vida había sentido miedo y precisó compañía. Efectivamente, se espantó de algo que le había ocurrido al cruzar por delante de un espejo: se miró y se vio sin manos. Veía toda su figura completa pero al final de los brazos no aparecía nada, no estaban las manos con sus elegantes guantes de terciopelo.

Cuando acudí a su llamada me sorprendió oírle decir que me llamaba para que le acompañase, a él que tenía lacayos y que no necesitaba de nadie porque era un hombre decidido y audaz, que había demostrado su valor repetidas veces, en especial cuando participó en la trata de negros.

Yo acepté aquella petición y días después me enteré también de que, en otro espejo, se había visto y no tenía boca; en el bruñido vidrio azogado no aparecían los labios que él movía con insistencia y que no veía en su cara. Debió comprender que un peligro sutil, acaso ya inevitable, le cercaba y por esta causa quiso confiar en mí y de forma escueta me contó lo sucedido. En una fiesta, vio a una gitana, del grupo de músicos que habían hecho ir para distracción de los invitados, y se enamoró de ella perdidamente.

Fue al campamento de la tribu y debió de darles una fortuna para quedarse allí dos días y dos noches, pero al cabo de ese tiempo tuvo que marcharse: la gitana, al parecer, se cansó de él y los hombres quizá le echarían y amenazarían para que no volviese más. Su orgullo y sus costumbres de gran señor sufrieron por ello una afrenta tan dura como el verse privado del capricho de poseer a aquella mujer; más tarde me enteré que ella se burló de él y que le despreció. El caso es que ya no pudo regresar adonde estaba la tribu con sus carromatos, sus hogueras y las canciones endiabladas que ella cantaba.

Aquella humillación y el enamoramiento, explican la rara decisión que tomó mi tío. Buscó la ayuda de la magia, de un encantamiento que atrajera y sometiera a la gitana a su voluntad; para conseguirlo acudió a la que nunca debió acudir, a la bruja que vivía en las ciénagas.

Era éste un lugar de espesa vegetación a la derecha del sendero que llevaba a la costa, lugar que nadie frecuentaba y se procuraba evitar porque todos sabían que ella estaba allí y se temía su misterioso poder. Se le atribuían encantamientos y hasta muertes por lo que fue denunciada, y en dos ocasiones las autoridades le habían hecho azotar en público y hasta pasó cierto tiempo en un presidio, pero regresaba a su choza donde vivía sola desde que era una muchacha. La visitaban únicamente mujeres desesperadas por no tener hijos o las que querían atraer a un hombre indiferente o vengarse de un seductor, pero nadie hablaba de ella aunque de todos era bien conocido su nombre: Alesia.

Una noche mi tío fue a visitarla e hicieron un pacto; hasta entonces nunca un hombre había buscado su ayuda. Ella le pidió algo que hubiera estado junto al cuerpo de la gitana y mi tío, no sé cómo pudo lograrlo, le llevó un trocito de los flecos del pañuelo rojo que aquélla usaba.

La bruja le pidió igualmente un poco de su propio pelo y mi tío, con la navaja que siempre tenía con él, se cortó un mechón y se lo dio. Acaso éste fue un gran error suyo: días después ocurrió el verse en un espejo sin manos, y luego sin boca, y más tarde, hasta sin ojos.

Entonces, me mandó llamar y me dijo que quería que le acompañase y por esta razón fui testigo de su triste final.

Al llegar la noche, salíamos juntos y trotábamos hasta la choza de aquella mujer. La primera vez, me dejó encargado de los caballos pero tras esperar un rato en la oscuridad y el frío, me aproximé a la puerta y, por la rendija, miré al interior.

Allí, alumbrada por una tea ardiendo, estaba Alesia sentada, rodeada de grandes manojos de plantas secas; era aún joven, el pelo muy rubio y desordenado le caía sobre los hombros y parecía vestir un sayal de monje. Me di cuenta que a pesar de la suciedad y unas manchas que tenía en el rostro, éste era bello, con grandes ojos claros. Mi tío, de pie, callaba y ella le miraba con fijeza.

A la noche siguiente oí que Alesia le pedía otra prenda de la gitana para poder hacer el sortilegio, y días después pude ver cómo mi tío le entregaba algo. Aquella vez, la bruja habló más y me admiró que sonriera y con un movimiento rápido se echase para atrás una capucha que entonces llevaba, y sobre la cabellera, sucia y espesa, vi que se había puesto una diadema de flores de lino.

A través de la rendija de la puerta, seguí sus movimientos; tendió una mano a mi tío, con la palma para arriba, y él, sin darse prisa, colocó la suya encima y así estuvieron unos instantes. Y entonces ella se rió. Aquel gesto, me inclino a creer, confirmó el pacto: él sabía bien que ponía un pie en el umbral del infierno porque aumentaron sus silencios y cabalgaba junto a mí encorvado y casi me atrevería a decir que envejecido.

Cada vez que íbamos allí, yo prestaba más atención y escuchaba, en parte porque presentía un peligro y también por la curiosidad que despertaba en mí la figura extraña de Alesia, repulsiva y, al mismo tiempo, seductora.

Por entonces, mi tío me contó que se había mirado en un espejo y no vio la cabeza: en el sitio donde debía estar, sólo había un vacío. Yo pensé que el deseado sortilegio, sin duda, se había vuelto contra él.

Por fin, una noche ocurrió lo inesperado. Al entrar, mi tío dejó casi abierta la puerta y yo le seguí. En el centro de la choza ardía un fuego y, sobre él, un recipiente desprendía vapores que se unían al humo que casi ocultaba a la bruja. Alesia estaba allí, sentada como siempre, y echaba en aquel líquido, un líquido negro y brillante, igual a la pez fundida, purpúreas florecillas de abrojo. Recitaba algo en voz baja, como un rezo, y luego exclamó ¡Mira ahí! y mi tío se inclinó sobre el recipiente y oí cómo daba un resoplido por lo que, sin duda, veía en los reflejos de aquel brebaje repugnante, lo que le hizo llevarse las manos a la cabeza, retroceder y quedar apoyado en la pared de la cabaña.

Entonces ella se echó a reír, con carcajadas vibrantes, como las de un demente, y de pronto, tal como estaba sentada, se desprendió de su oscuro sayal y quedó desnuda de medio cuerpo y abrió los brazos y su risa hiriente le venció para atrás la cabeza.

Para mí fue como si plomo derretido me abrasara y me hiciera flaquear las piernas. Contemplé aquel cuerpo extrañamente blanco y atractivo, pero que me espantaba. Igual debía de ocurrir a mi

tío; le vi temblar todo él y también se le doblaron las piernas y cayó de rodillas, fijo en Alesia, quizá ya embrujado. Ella se puso de pie: era alta y parecía sólida; otra vez le tendió una mano mientras seguía riendo y ambos permanecieron así unos minutos en los que yo no sabía qué decisión tomar.

Al fin, él se Irguió y pudo salir tambaleándose fuera de la cabaña y ella gritó algo y su risa cambió en una especie de gorgojeo que hizo con la garganta. También yo salí y ella nos siguió: apareció en la puerta con la tea encendida que levantaba en alto.

Súbitamente vi que a mi tío le desaparecía la cabeza y los brazos se esfumaban y aquel tronco alucinante, cuyo recuerdo aún me espanta, dio unos pasos, giró torpemente, se metió entre la maleza y desapareció en la oscuridad.

Un movimiento de Alesia hizo que la tea le rozase los desordenados mechones de pelo y una llama azul subió junto a su cara, y de pronto tuvo toda la cabellera, con las hojitas y flores que la adornaban, convertida en una hoguera.

Yo me quedé quieto, como atado a un poste, mirando la figura de aquella mujer, maravillosa en su desnudez, aún con la tea alzada y el pelo llameante. Pero enseguida, aumentando su grito gutural, se precipitó por donde había ido mi tío y en unos Instantes dejé de oírla y de ver el resplandor de su cabeza ardiendo.

No pude correr tras ellos, ni acaso salvar a mi tío. Esperé, mas los pantanos no suelen devolver a quien los pisa de noche y menos aún si son arrastrados por un encantamiento fatal y poderoso, como es el deseo.

LA ROSA

Ante el estudiante, un coche pasó rápidamente pero él pudo entrever en su interior un bellissimo rostro femenino. Al día siguiente, a la misma hora, volvió a cruzar ante él y también atisbo la sombra clara del rostro entre los pliegues oscuros de un velo. El estudiante se preguntó quién era. Esperó al otro día, atento en el borde de la acera, y vio avanzar el coche con su caballo al trote y esta vez distinguió mejor a la mujer de grandes ojos claros que posaron en él su mirada.

Cada día el estudiante aguardaba al coche, intrigado y presa de la esperanza: cada vez la mujer le parecía más bella. Y desde el fondo del coche le sonrió y él tembló de pasión y todo ya perdió importancia, clases y profesores: sólo esperaba aquella hora en la que el coche cruzaba ante su puerta.

Y al fin, vio lo que anhelaba: la mujer le saludó con un movimiento de la mano que apareció un instante a la altura de la boca sonriente, y entonces él siguió al coche, andando muy deprisa, yendo detrás por calles y plazas, sin perder de vista su caja bamboleante que se ocultaba al doblar una esquina y reaparecía al cruzar un puente.

Anduvo mucho tiempo y a veces sentía un gran cansancio, o bien, muy animoso, planeaba la conversación que sostendría con ella. Le pareció que pasaba por los mismos sitios, las mismas avenidas con nieblas, con sol o lluvias, de día o de noche, pero él seguía obstinado, seguro de alcanzarla, indiferente a inviernos o veranos.

Tras un largo trayecto interminable, en un lejano barrio, el coche finalmente se detuvo y él se aproximó con pasos vacilantes y cansados aunque iba apoyado en un bastón. Con esfuerzo abrió la portezuela y dentro no había nadie.

Únicamente vio sobre el asiento de hule una rosa encarnada, húmeda y fresca. La cogió con su mano sarmentosa y aspiró el tenue aroma de la ilusión nunca conseguida.

EL SECRETER

La duquesa tomó en sus manos un paquete de cartas atadas con un cordón azul que estaban en el fondo del cajón secreto de su escritorio, y las contempló con extrañeza.

Eran cartas escritas en un papel amarillento y quebradizo, con tinta borrosa. No sabía de quién fuesen y como no quiso dedicar tiempo a leerlas, dio el paquete a su doncella para que lo echara al fuego que ardía en la chimenea. Las llamas prendieron en las cartas y la joven, con el tridente, las dispersó y pronto se convirtieron en ceniza.

La duquesa quemó también cintas, flores secas, carnets de baile, rizos de pelo, los recuerdos de una juventud que ya había terminado.

Por la noche, tras unas horas de sueño, algo la hizo despertarse, como si hablasen cerca de ella, y preguntó ¿Quién está ahí? y nadie respondió. Tocó la campanilla y no tardó en entrar con una palmatoria su doncella. Y ésta le aseguró que no había hablado y que nadie había penetrado en la alcoba.

Cuando todo quedó nuevamente a oscuras, oyó una voz de hombre que decía:

«Sueño con descansar en tus brazos, con respirar junto a tu boca y besar tus hombros».

La duquesa se incorporó en la cama y muy asustada gritó: ¿Quién es? ¿Quién dice eso? y volvió a hacer sonar la campanilla y de nuevo la doncella la tranquilizó revisando todos los rincones de la alcoba.

Pero no bien la joven desapareció, llevándose la luz, otras palabras se oyeron en la habitación, palabras de amor desesperadas.

Ya no pudo dormir la duquesa y toda la noche permaneció en una butaca, temerosa, mirando fijamente la vela que ardía en el candelabro delante de ella.

A la noche siguiente, tras haber hecho inspeccionar por los criados todas las habitaciones, ordenó a su doncella que permaneciese en la alcoba. Apagaron las velas y pasado cierto tiempo escuchó: «En mi desventura, tú eres el único recuerdo alentador, mi única esperanza de felicidad». La duquesa se alzó de la butaca pero la doncella afirmó no haber oído nada, y encendieron luz y ambas registraron por detrás de las cortinas, el ancho hueco de las ventanas y el interior de los armarios.

Pasó tiempo, la joven se quedó dormida y la duquesa quiso apagar la luz. Volvió a escuchar: «No sé si podré alguna vez regresar donde estás, pero sólo anhelo poner mis manos en tu cuerpo inolvidable».

Esta vez la duquesa creyó percibir de dónde llegaba la voz. Procedía del sitio donde estaba su secreter y, a la espera de comprobarlo, pasó la noche sin dormir, escuchando anhelante frases de

pasión.

Con la claridad de la mañana miró al secreter, lo tocó, abrió sus cajoncillos y de pronto recordó que en las cartas del teniente X leyó frases como las que estaba oyendo aquellas noches. Hacía muchos años, hasta que otros amores le hicieron olvidarlo, ella leía sus cartas enviadas desde presidio, en las que él, como supremo consuelo, recordaba sus relaciones y sus encuentros. Y estas cartas eran las que había hecho quemar dos días antes sin saber a quién pertenecían.

No era que la casa estuviera encantada, tal como pensó, ni que un duende hablara en la oscuridad: comprendió que era la inextinguible pasión de aquel hombre que pervivía inmaterial, pero con total vigor, invisible pero animada por el ímpetu del placer y el gozo experimentados; las cartas habían desaparecido en el fuego pero su indomable fuerza amorosa se había traspasado a otras materias y desde ellas se expresaba.

Aguardó aquella noche con la expectativa de oír frases que le estaban destinadas. En la oscuridad, atenta al sitio donde se alzaba el secreter, escuchaba; la voz murmuraba que pese a todos los sufrimientos en el destierro, él poseía el privilegio de volver a ser feliz al recordar el contacto de sus labios, de sus caderas, de las suaves ternuras de su cuello. Exclamaba: «Tengo la espalda llagada de latigazos pero pienso en tu espalda mullida y perfumada sobre la que tantas veces he apoyado las mejillas», o bien: «Estoy obligado a cargar pesados troncos, pero sonrío pensando en el peso de tu cuerpo sobre mi vientre».

Así transcurrieron muchas noches insomnes y una juventud ya lejana pareció florecer en la vieja duquesa. Durante el día, posaba su mirada, de vez en cuando, en el escritorio; de noche, prestaba atención a lo que, aun murmurado suavemente, cobraba la mayor intensidad. Pero una vez, ella, emocionada, le habló; le dijo: «Quiero verte. Necesito estar contigo». La voz respondió: «Ven. Búscame».

Ella fue a abrir las cortinas que cerraban el ventanal y miró el color claro del firmamento anunciando el amanecer. Entonces soñó que se calzaba unos zapatos de viaje y se cubría con una larga capa, y así preparada, cruzaba el vestíbulo donde ardía una lamparilla y, sin que nadie se enterase, emprendía un largo viaje.

LA CANCIÓN

Cuando todos los cazadores estuvimos sentados en torno a la mesa donde un criado servía el ponche bien caliente, el dueño de la casa comenzó a hablar:

—Ahora ya puedo contaros aquello que me ocurrió en mi juventud, el verano que pasé cerca de X. Como antes os dije, han transcurrido muchos años y sin embargo lo recuerdo nítidamente, porque aún hoy me emociona.

Aquellos días solía yo ir de caza apenas el sol apuntaba para que no me molestase el calor. A veces, me alejaba más, atravesaba una arboleda de sauces y entraba en un terreno lleno de hierba alta y suelo húmedo que se extendía hasta una lejanía brumosa en la que estaba el lago.

Hacía este recorrido y siempre cobraba dos o tres piezas pero una mañana de finales de agosto no conseguí disparar un solo tiro y me dirigí hacia el cementerio abandonado. Pertenecía a una aldea próxima pero que dejaron de usarlo y quedó olvidado, con la pequeña cerca de madera que lo rodeaba medio deshecha, aunque aún permanecían en pie algunas cruces de hierro.

Según avanzaba, vi a mi izquierda algo que sobresalía lejos y que deduje eran los techos de los carros de un campamento gitano que estaría allí instalado. Por encima, en el aire tranquilo, se alzaban dos rectas columnillas de humo.

De pronto oí una voz que cantaba y enseguida descubrí la silueta de una persona y, al acercarme más, vi que era una mujer.

Iba despacio, con la cabeza ligeramente levantada según se destacaba en el contraluz del amanecer. Cantaba en tono muy alto una de esas canciones de los gitanos en las que expresan mucho más de lo que nosotros creemos oír.

Estaba recogiendo bayas y a veces se erguía para dar más fuerza a la voz, como si se propusiera que alguien la oyese. Pero estaba sola, nadie aparecía por allí cerca y sabiendo que ese pueblo desconfía de los que no son como ellos, procuré que no me viese.

Pero dos días después, volví a aquel sitio y de nuevo oí la misma canción: vibrante, con modulaciones casi guturales de una salvaje belleza. Fui hacia allá y vi a la gitana. Estaba acompañada de una niña que hablaba algo. Se dieron cuenta de mi presencia; ella volvió la cabeza hacia donde yo me encontraba pero, a fin de no inquietarla, di media vuelta y me alejé.

Sentí cierta curiosidad por ella y planeé saludarla desde lejos y, pasados unos días, hablarle. De esta forma, al día siguiente vagué por los mismos parajes, disparando algún tiro; a media mañana la encontré de nuevo, también recogiendo bayas, Cuando ella me vio y se detuvo, yo levanté la mano, haciendo una especie de saludo y me marché.

Llevaba bien visible la escopeta y el zurrón para que comprendiera lo que hacía en aquel sitio donde efectivamente era fácil encontrar alguna perdiz, alguna liebre.

Repetí otro día el mismo saludo, Ella no volvió a cantar y la veía acompañada de la niña que saltaba a su lado. Sólo un día había otras gitanas con ella.

Al fin, me decidí a hablarle; me aproximé más, le hice un gesto y dije sonriente:

—Aquí hay muchas frambuesas.

No contestó y me miraba seria mientras la niña se pegó a su falda. El sol, que aún tenía el resplandor nacarado del amanecer, le daba de lleno y revestía de su color toda la figura y la cara, levemente morena. Llevaba una blusa azul claro, sobre la que se movían collares, y un pañuelo a la cabeza; parecía aún joven. Con las dos manos sostenía una tela en la que echaba las bayas.

Comprendí que no quería hablar y que sería mejor no insistir con otras palabras: la saludé y me marché. Y así tomé la costumbre, todos los días, de pasear hacia el lago y procurar que ella me encontrase allí. Solía guiarme por el humo que se alzaba sobre el campamento, luego me encaminaba al cementerio.

Otra vez oí su canción desde lejos y presté atención y la reconocí: era una voz apasionada que subía en agudos o bien se amortiguaba para expresar el más hondo desaliento; no entendía la letra y pensé que cantaba en el idioma gitano; acaso ella no sabría otro.

Me acerqué muy despacio. Yo miraba al cielo, preparada la escopeta como atento al vuelo de algún ave y cuando me vio volví a saludarla con una sonrisa. Y ella sonrió también. Y entonces percibí su atractivo. Los ojos soñadores y velados y una boca grande formaban un gesto encantador. A los lados del rostro, enmarcaba las mejillas el pañuelo rojo recogido atrás con un nudo, como lo suelen usar las gitanas, y por debajo caían dos trenzas echadas a la espalda. Colgando del borde del pañuelo, sobre la frente, tintineaban unas moneditas. Su figura bajo la blusa y una falda muy estrecha y larga, tenía proporciones armoniosas y esbeltas.

Sostenía la mirada y la sonrisa, mas no quería o no podía contestar a lo que yo le hablé. Estaba claro que no nos entenderíamos. Entonces hice memoria de las pocas palabras que yo había oído de la lengua gitana y encontré una y no muy seguro de lo que expresaba, señalando las plantas de frambuesa, le dije —*Orchiri*. Se echó a reír alegremente y en aquel momento me pareció francamente hermosa. Se llevó a la boca los picos del pañuelo y dijo algo que no comprendí. Yo la contemplaba admirado pero me contuve y pensé que por aquel día ya era bastante lo conseguido, así que giré sobre mis pasos aunque bien me hubiera gustado quedarme frente a ella.

Éste fue el comienzo de lo que pasó y la verdad es que no pude prever el final que tendría. Cuando llegaba al cementerio lo que yo quería era verla, y la buscaba. Una vez estaba al lado de un caballo y me acerqué, dejé el zurrón en el suelo y, como el calor aumentaba, hice que me secaba el sudor de la frente con el pañuelo para darle a entender cierta indiferencia por mi parte, pero yo pasaba mis ojos por el cuerpo de ella y me fijé en sus formas y luego me encontraba con sus ojos profundos de mirada curiosa, que me contemplaban desconfiados.

Siguió recogiendo frambuesas pero me espiaba de soslayo y, aunque se apartaba, no se iba muy lejos. Entonces se me ocurrió recoger yo también bayas y así lo hice y anduve entre las matas y llené mi gorra y fui a dárselas: las volqué en el lienzo en que ella las recogía, De nuevo se rió y me miraba largamente aún más extrañada, sin duda, por mi ayuda.

En fin, ya Imagináis todo lo que se hace para atraer a una mujer y yo lo hice hasta que un día consintió en que le acariciase los brazos y los hombros porque yo había aprendido —de nuestro cochero que trató con gitanos y conocía su lengua— la palabra que definía mi deseo. Ella la comprendió pero sólo permitía unas caricias sin mediar palabras. Algunas veces, como un anuncio

de una posible entrega, entonaba la canción que me la había descubierto unos días antes, que con toda la fuerza de la garganta tenía inflexiones lentas y nostálgicas.

Y un día me hizo comprender que me proponía una cita. Pronunció la palabra luna y señaló a lo alto del cielo y luego al suelo y entendí que yo debía estar allí cuando llegase la luna a la mitad de su curso, y al estrecharme las manos, noté en las suyas la dureza de haber sufrido mil trabajos, pero me transmitieron una promesa.

En cuanto llegó la noche, acudí, muy esperanzado, al cementerio aunque tuve que caminar trabajosamente entre matorrales y antiguos sembrados, mientras la luna ascendía del horizonte y me daba su escasa luz.

Esperé en el sitio donde ella me había indicado, Me apoyaba en los restos de la losa de una tumba y permanecía quieto, sintiendo las sutiles señales de vida en la oscuridad: oí roces, un chasquido, pasos rápidos de algún animalillo o el silbido de la lechuza. Me consideraba muy afortunado, previendo unas horas de amor, mientras la luna llegaba a su cénit e inició el curso descendente. Cuando vi que se ocultaba tras los sauces, tuve la certidumbre de que ella no vendría.

Pasó tiempo y tiempo y de pronto escuché algo igual a un grito y era la canción de la gitana, muy lejos. Parecía venir traída por el viento. Pasó a mi lado con toda la intensidad de su voz fuerte y clara; se alejó y fue desvaneciéndose hasta casi desaparecer. Luego la oí distante y que se fundía con el susurro de los cercanos árboles y fue aumentando poco a poco y me pareció que se extendía por donde había llegado con la exaltada vehemencia de una pasión que languidece y renace. Todo cuanto había en torno mío se convirtió en la canción; lo que yo escuchaba de los ruidos nocturnos y de los latidos de mi propia inquietud era la voz de la mujer: resonaba en el cielo de la noche y en las nubes invisibles y en el aire que soplabla de las encharcadas orillas del lago. Era la llamada de un amor que hablaba, aunque incomprensible, del arrebatado del deseo al que puede acompañar una honda tristeza. Las palabras llegaban con claridad a mis oídos como si la boca que las pronunciara la primera vez, estuviera junto a mí.

No sé el tiempo que aguardé, tenso y pendiente de aquel hechizo que me espantaba. Dejé de oír la canción y seguí unas horas a la espera de algo que no era la llegada de ella porque Irremediablemente la gitana no acudiría a la cita. Cuando la brisa más fresca anunció que la noche terminaba, vencido por el desánimo y la frustración, incliné la cabeza sobre el hombro y me dormí.

Me despertó la claridad del amanecer que empezaba a brillar en el horizonte; en la arboleda próxima piaban los pájaros que también despertaban. A ras del suelo la niebla se levantaba y medio ocultaba las tumbas del viejo cementerio. Para desentumecerme di unos pasos y vi que en el cielo giraban varios cuervos que sobrevolaban algo, al parecer acechando. Tuve un presentimiento y fui hacia aquel sitio. Los ahuyenté con mi llegada, y lo que había presentido, allí lo encontré: entre matorrales de brezo, aún con retazos de niebla, estaba tendida la mujer; en torno suyo una mancha de sangre negra era su lecho. La cabeza doblada sobre el hombro y la cara y las trenzas hundidas en la tierra y el otro brazo se extendía sobre el pecho que era de donde había brotado tal cantidad de sangre. La blusa azul que llevaba aquella mañana, estaba ennegrecida en la parte delantera donde yo había presentido la ternura de los senos.

Una nube de moscas y tábanos revoloteó a mi llegada, hormigas y escarabajos trepaban por la falda que tapaba las piernas encogidas y también había hormigas en torno a la boca cuando le moví la cabeza y vi sus ojos entreabiertos. El breve roce de las monedas sujetas al pañuelo, sonó

por última vez. Toda la mejilla fría, de color grisáceo, estaba salpicada de rocío; los brazos ya endurecidos, y los dedos se cerraban apretando la vida que huyó por su pecho. Había huido igualmente el encanto de su gesto, la seducción de la sonrisa, la mirada misteriosa.

Me alejé horrorizado, nada podía hacer sino sentirme culpable. Ella había desafiado un destino ancestral y fue castigada; desdeñó las reglas de su tribu por un amor, quizá la entrega a un hombre distinto de los suyos, sacrificando su vida a un fugaz intento de posible dicha.

Nuestro amigo acabó aquí su relato, guardó silencio y luego añadió:—Yo aún me pregunto si ella me llamó o me habló con aquella maravillosa canción que llenaba la noche, queriendo acaso escapar de las tinieblas en las que moría, pidiéndome que yo la acompañase a otra clase de vida.

Bebió un sorbo de su copa y dirigió la mirada hacia la ventana, tras cuyos cristales sólo vio las impenetrables sombras de la noche.

LA VENGANZA

El escritor recibía la visita de su amiga precisamente cuando comenzaba una novela de amor en la que se proponía describir, con todos los recursos de su talento, unas pasiones exaltadas.

Se limitaba a saludarla y seguía inclinado sobre la mesa cubierta de hojas escritas.

Ella se sentaba enfrente de él y no se atrevía a Interrumpirle pero le miraba con gran afecto, comprendiendo su total dedicación a aquel trabajo.

El escritor se olvidaba de la presencia de ella y ponía los ojos en el techo, pensando una frase o una situación nueva. Incluso llegaba a pronunciar en voz alta exclamaciones del amor más arrebatado o promesas de fidelidad eterna, pero no las dirigía a la joven que tenía ante él. A veces, se ponía de pie e iba a la ventana, como si allí pudiera oír las palabras que buscaba. Ella entonces se le acercaba y le ponía la mano sobre el brazo y también miraba fuera, con un mohín de tristeza.

Habitualmente la visitante llegaba con una gran pamea rodeada de una gasa azul o, sobre los hombros, una echarpe de vivos colores, y ya sentada, la extendía o recogía, pero el escritor nunca le hizo comentarios sobre tales adornos. Una tarde de verano apareció con un escote profundo en el que palpitaban las morbideces del pecho, pero él, que había olvidado la relación que les unió hacia tiempo, no pasó siquiera la vista por la tentación que le ofrecía la audacia del vestido.

Pero un día la joven se llevó un pañuelo a los ojos, lo mordió y le dijo a su antiguo amante que estaba gravemente enferma. Él le habló de un médico que conocía y luego bajó la vista a la pluma que trazaba una escritura nerviosa y rápida.

Aquéel fue el último día que ella le visitó. Pasaron semanas y él seguía entregado a la novela y no echó en falta a la joven pero he aquí que, al encontrar a un amigo en la calle, éste le contó que ella había muerto.

Tuvo una sacudida en el corazón y se sintió apenado pero le obsesionaba tanto terminar su obra y a ello estaba tan consagrado que aquella noticia tardó poco en desvanecerse.

Al fin, el texto quedó escrito y corregido minuciosamente y el escritor guardó el grueso manuscrito en un cajón de su mesa y esperó varios días para releerlo y poder juzgarlo.

Una mañana lo puso ante sí en el escritorio y abrió por la primera página, Enseguida le extrañaron grandes espacios blancos: en las líneas, palabras y palabras habían desaparecido y la lectura era imposible, Muy alarmado pasó las hojas una tras otra, y en todas, los espacios en blanco cortaban la continuidad y el sentido del texto. Donde puso frases de acendrados sentimientos, de fervor y entrega incondicional, de éxtasis amoroso, no había nada. Las palabras se habían esfumado como borradas por una mano que no aceptase el lenguaje de los enamorados.

Al terminar de repasar el manuscrito, el escritor permaneció largo rato anonadado y

planteándose una pregunta que no tenía respuesta. Nadie podía haber tocado aquellas hojas y haber eliminado con tal habilidad docenas y docenas de frases cuyo rastro ni se percibía en el papel. Por tanto, el escritor supuso métodos no corrientes, intervenciones malintencionadas...

Se levantó de la mesa, se acercó a la ventana y estando así reflexionando, le vino al pensamiento su olvidada amante y la recordó sentada frente a él con sus ojos bordeados de anchas ojeras violeta. Recordó sus relaciones durante años, las peripecias de un enamoramiento prolongado y luego una lenta crisis de afecto, y de pronto, pensó en ella enferma, según se lo confesó, a lo cual él apenas había atendido, sin enterarse del mal que sufría.

Le inundó una ráfaga de piedad y de descontento por no haber escuchado lo que le decía ella y se conmovió de que hubiese muerto sin haber estado a su lado.

Se pasó la mano por la cara y, al girar, la vio en el centro de la habitación. No era ella porque su vestido, su cara eran diáfanos, transparentaban los estantes con libros que tenía detrás pero como un destello de luz en la penumbra, como el reflejo de un cristal al darle el sol, así la figura tan conocida, y tan olvidada, estaba ante él igual que las tardes del pasado verano.

Y en su sorpresa estremecida, observó un gesto severo, desacostumbrado en ella, y que no llevaba su amplia pámela sino que tenía unas florecillas enredadas en el dorado pelo.

Volvió a mirar por la ventana, convencido de que aquello era una alucinación emanada de su propio dolor por recordar a la muerta, pero al salir de la habitación y entrar de nuevo, se encontró con que persistía la diáfana transparencia cuyos detalles, si se detenía en ellos, tomaban más intensidad y así pudo ver bien los sombríos ojos, los labios pálidos, las manos de piel aterciopelada ahora quietas sobre la falda.

Transcurrió aquel día con un desagradable desasosiego, mezclado con inesperados recuerdos referentes a sus amores, y una sensación naciente de rencor hacia sí mismo por no haberle dado a ella más afecto que a sus escritos. Salió a la calle y anduvo mucho tiempo y cuando regresó, la vio como anteriormente, traslúcida, bella, serena, confiadamente sentada en la butaca que siempre, en vida, ocupó cuando le visitaba por las tardes.

Así pasaron dos días y el escritor entendió que debía aceptar aquella presencia Irreal — no podía ser sino fruto de sus nervios desequilibrados—, y además, tenía que, sobreponiéndose a lo que fuese, reescribir y entregar al editor su novela.

Comenzó a cubrir los espacios blancos; se esforzaba en recordar las frases que desaparecieron y reconstruía el sentimiento con que las creó. De vez en cuando no podía evitar alzar los ojos y mirar la sutil transparencia de la mujer, inmóvil, con su elegante vestido, el que tenía el provocativo escote al cual él no había prestado atención.

Lentamente fue avanzando en su trabajo y pasaban días y transcurrían horas en las que la inquietante aparición le obligaba a suspender la escritura para contemplarla, a la vez que murmuraba las frases que componía en la mente y que él destinaba a los personajes de su obra. Pero según pasaba el tiempo, las palabras vehementes eran dedicadas a la intangible amante que presidía y suscitaba sus pensamientos; era a ella a quien hablaba de amor renovado.

Cuando llegó a la última página y cerró el manuscrito se dio cuenta de que ella ya no estaba ante él, que había desaparecido, y que no veía su rostro tranquilo y serio ni las misteriosas florecillas prendidas en sus cabellos rubios.

LA MADRE

La madre, secándose las lágrimas con la punta del pañuelo que llevaba a la cabeza, esperó en la puerta de los enormes cuarteles preguntando lo que nadie quería contestarle. A su hijo único, que no bien cumplió diecinueve años le hicieron soldado, le habían enviado lejos no se sabía dónde, quizá a una guerra al otro extremo del imperio.

En vano recurrió a cuantos creyó que podían decirle algo, pero en el barrio de miserables casitas donde vivía, otras madres lloraban como ella y ningún consuelo hallaba en miradas compungidas y sollozos.

Estando en la puerta de los cuarteles, vio salir un desfile militar de brillantes uniformes y sonoras trompetas y tambores. Al frente de aquellos soldados, iba un personaje a caballo con alto tricornio adornado de plumas; una banda dorada y azul le cruzaba el pecho en el que brillaban condecoraciones y charreteras.

La madre comprendió que este hombre tan poderoso era el jefe, el que había enviado a su hijo a la guerra y a la muerte y sería el culpable de que no le viese nunca más. No pensó en acercarse a él para suplicarle la vuelta del hijo porque sabía que era inútil, y con mayor desesperanza se alejó de allí.

Antes de cruzar el río, pasó por una plaza amplia y vacía en cuyo centro había una gran estatua de un hombre a caballo que parecía galopar. Pensó que sería un general tan importante como el que vio en el cuartel, y renació su dolor y quiso hablar a aquella figura de grandes proporciones al lado de la cual ella era una vieja insignificante. Pero lo que salió de su boca fue una maldición, y siguió su camino.

Otro día volvió a pasar por la plaza y también miró de reojo al arrogante jinete que montado en su caballo señalaba el horizonte con la mano derecha. Y la madre murmuró: ¡Maldito seas! ¡Que todas las desgracias caigan sobre tu cabeza!

Y así, día tras día, siempre que cruzaba la extensa plaza, en cuyo centro, sobre un gran pedestal, estaba quizá un rey de gesto altivo, ella le maldecía y llegó a sentir un consuelo con aquellas palabras que murmuraba, y a cada hora conciliaba los peores deseos para escupirlos al culpable de su desgracia.

Con el tiempo, procuró pasar diariamente ante la estatua para insultarla y desearle con toda su energía que le cayera un rayo, que la miseria le venciese, que su cuerpo se envenenara de lepra y de gusanos.

Pasaron así meses, quizá años. Una vez vio que la estatua había bajado su brazo autoritario con el que dictaba órdenes. Después le pareció que su cabeza, orgullosa, coronada de doradas hojas de laurel y alborotada cabellera, se inclinaba sobre el pecho. Entonces, a la madre le

acometió la inquietud de que alguien pudiera descubrir que ella era la que maldecía a la odiosa figura. Procuró, en adelante, pasar de noche para no ser vista, y a la escasa luz de unos faroles lejanos, espío si sus palabras destructoras cumplían la venganza.

Efectivamente, la hermosa capa de metal que parecía flotar al viento, dejó de alzarse a la espalda del rey, sus anchos hombros se hundieron y su espalda marcó una joroba que redujo su estatura. Y el pelo fue perdiendo sus rizos y desapareció la corona de brillantes hojas.

Cuando comprobó esto, la madre redobló el ensañamiento de sus maldiciones. A veces se detenía ante la estatua y, con la mano cerrada, hacía el exorcismo que había visto hacer a las gitanas encolerizadas.

Y de esta forma, la gran figura a caballo perdió la arrogancia, todo poder. Una noche la vio al lado del caballo: ya no lo montaba y con los brazos caídos, la cabeza doblada, parecía mirar tristemente al suelo.

Ella, que impulsada por su expectativa de venganza se sentía animosa y decidida, pensó: ¡Que no tengas hogar en ningún sitio, que nadie se apiade de ti, que te arrastres por los caminos sin refugio!

El corazón se le llenó de un vigor incontenible y nuevo. Abrió la boca, alzó la mano izquierda y, sin pronunciar palabras, le maldijo como nunca lo había hecho. Entonces vio que la figura real se movía, bajaba del pedestal de piedra, echaba a andar y con pasos breves cruzaba la plaza. Despacio se alejó por la avenida, y la madre nuevamente pensó en su hijo y lo creyó vengado.

EL AHORCADO

Había crecido y se hizo hombre en una lejana comarca donde guardaba cerdos y tocaba la flauta, y, recogiendo plantas con su abuela, ésta le hizo saber de las enfermedades y cómo curarlas. Más tarde supo calmar a los duendes cuando golpeaban las puertas, hablaba a los difuntos si se negaban a quedar enterrados y podía encontrar de noche un caballo extraviado.

Muy joven descubrió que su ropa, aunque remendada mil veces, servía para proteger o sanar a quien la usara, y bastaba que él extendiera su pelliza en la cama de un enfermo para que desaparecieran las marcas del cólera, o que el viajero que llevara su gorro podía ir seguro por el camino de los lobos.

Fue a buscar trabajo en la capital y acarreó leña y agua hasta que encontró empleo en una panadería. Sus manos, tan fuertes, eran hábiles para moldear rosquillas y panes dulces.

En la tahona había un oficial alegre y bebedor que cantaba y enamoraba a cuantas mujeres venían a comprar el pan. Iba a las ferias y a los bailes y no dejaba de invitar a ir con él a su compañero, que siempre rehusaba.

Una tarde, éste había ido a recoger un saco de levadura y, al volver, los aprendices vinieron a su encuentro gritando que el oficial se había ahorcado. Dejó el saco en el suelo y corrió a ver lo sucedido y encontró, efectivamente, a aquél colgando de una soga atada a la viga del techo. Se balanceaba, con el rostro rojo y abotargado y la lengua fuera de la boca y el cuello lamentablemente estirado.

Rápidamente lo descolgó y pensó que debía reanimarle, por si aún era tiempo, y sin dudar se quitó la camisa y con ella envolvió el cuerpo inerte; le cogió en sus brazos y con el pensamiento y con la voz comenzó a darle la orden de volver a la vida. Le decía al oído palabras de ánimo, de amistad y de súplica de que no muriese.

A los pocos minutos el joven empezó a mover las manos, luego dobló las piernas e intentó incorporarse, y su compañero le sostuvo y cuando se inclinó hacia adelante, le ayudó y así se puso en pie. Le sostenía abrazado y seguía hablándole con tono suave y persuasivo, y el oficial, ya erguido, con el alborozo de los aprendices, dio un paso. Su cara no perdía el color amoratado, y los ojos, aunque muy abiertos, no miraban, pero alzó la cabeza y pareció ser el de siempre. Su compañero sonrió y estuvo seguro de que resucitaba y de que se borraría el motivo que le llevó a la muerte.

Aquél, rígido, comenzó a andar, todos se apartaron a su paso, y sin cambiar la terrible mueca del rostro, se dirigió a las artesas e inició la mezcla de la harina. Le hablaban, le llamaban por su nombre pero él no contestaba; seguía haciendo el trabajo cotidiano y lo hacía como habitualmente, con toda su destreza. Al terminar, cuando los panes entraron en el horno, quedó inmóvil junto a

éste, como una figura de madera. Entonces los aprendices huyeron, más asustados que cuando le encontraron balanceándose en el aire; se marcharon sin decir palabra. El dueño de la tahona, que estaba al lado, silencioso, le miraba, se hacía cruces y no se atrevía a tocarle.

Su compañero tampoco se apartaba de él y seguía sujetando su camisa en los hombros del oficial hasta percatarse de que éste no respiraba y su mirada, tan fija, no veía nada. Se esforzaba en comprender lo ocurrido, acongojado, pero no tardó en aceptar la verdad de que si había devuelto la fuerza al cuerpo no le pudo devolver la vida.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y el pensamiento voló hacia su aldea y los lastimeros enfermos a los que él curaba. Lentamente dejó caer la camisa, ahora tan manchada de harina, ahora tan inútil.

LA BARRACA

Una música estridente y luces de colores le atrajeron hacia la feria con sus farolillos, sus guirnaldas de papel, sus números de circo y sus animales salvajes en jaulas de madera. La feria, en las últimas horas de la tarde, parecía a punto de cerrarse; unas cuantas personas iban de un lado a otro y él también vagó por delante de las casetas hasta fijarse en una a cuya puerta un hombre invitaba a penetrar y admirar algo singular, nunca visto antes. Era la caseta de las princesas reales con sus vestidos de riqueza sorprendente, auténticos vestidos de princesas antiguas, hechos con tejidos de China y seda italiana y los bordados más caros de Holanda.

Creyó que aquello le gustaría, se acercó a la taquilla, compró una entrada y se la dio al hombre de la puerta, el cual, con una inclinación, descorrió la cortina y le dejó pasar.

Dentro había varias vitrinas, y en ellas maniqués con ropajes suntuosos de otras épocas. Brillaban los azabaches y la pedrería pero los colores estaban desvaídos en las anchas mangas y los cuellos recamados que se alzaban hasta enmarcar los rostros. Eran mujeres muy bellas, unas tenían las mejillas con el vivo tono del carmín, y otras eran pálidas, con largas pestañas y negras cejas. Bajo los gorros y las cofias salían trenzas que caían sobre los hombros, entretejidas con hilillos de oro.

Recorrió cada vitrina, curioso, fijándose en los detalles de aquellos ropajes envejecidos y percibió en una princesa un leve movimiento en el pecho. Retiró la vista pero volvió a mirar y se alarmó: el maniquí parecía respirar y se movían pausadamente los broches que cerraban el escote. Fue a otra vitrina y también la figura que estaba tras los cristales respiraba, aunque su cara de cera pintada seguía inmóvil.

Le produjo espanto aquello que veía y pensó en marcharse rápidamente pero la curiosidad le venció y volvió a contemplar el suave movimiento de la imposible respiración.

Estaba solo en el interior de la barraca; fuera, sonaba una musiquilla monótona de gramófono, y las princesas, encerradas en sus vitrinas, respiraban bajo sus vestidos de brocado y damascos descoloridos y polvorientos.

Le pareció que otro maniquí había movido ligeramente la mano que caía junto al cuerpo y que otra de aquellas hermosas figuras había parpadeado. Iba de una vitrina a otra espiando si efectivamente se producían aquellos movimientos, y ora unos labios se entreabrían, ora una cabeza se inclinaba, y él, horrorizado de tal pesadilla, sentía escalofríos en la espalda.

Se negaba a creer lo que ocurría dentro de las vitrinas y procuraba convencerse de que era imaginación suya pero una vez vio claramente que la princesa de ancha trenza negra sonreía, no a él sino al fondo de la barraca donde no había nadie. Allí sólo los compases malditos de la tonadilla resonaban monótonamente.

Y entonces se le ocurrió pensar que estaba rodeado de las mujeres que había conocido y a las que había olvidado, y quiso recordar sus nombres. Le oprimía la garganta una confusa desesperación y pasaba su mirada de un maniquí a otro buscando el parecido con mujeres que tuvieron importancia en su vida y que ahora estaban allí en sus féretros de cristal.

Así pasó horas, atento a los mínimos destellos de vida y de recuerdo mientras el ritornello resonaba haciendo más lúgubre la noche.

LA MANO

Es probable que él recelara del olvido de ella no obstante sus prolongados amores, y al avanzar la enfermedad y antes de que la ceguera le borrara las letras, le escribió un mensaje y se lo hizo llegar. Le decía que cuando él muriese no fuera a visitar su tumba, allí nada podría hacer, Pero en alguna hora de soledad, le pedía que cogiera uno de los libros preferidos, que habían leído juntos, que lo leyese y cerrara los ojos. Le ilusionaba pensar que su mano, aunque yaciese Inmóvil bajo tierra, podría rozar levemente la suya como un adiós.

El tiempo cumplió su cometido y dio por terminada la vida de aquel hombre y fueron borrados de la mente de conocidos y amigos su figura, sus palabras, los éxitos y fracasos que tuvo, igual que sus simpatías y sus odios. No sobrevivió nada y su amiga no leyó por segunda vez el mensaje recibido.

Una noche, ella abrió el plano con ánimo de recordar una melodía y en el teclado vio una mano que se destacaba sobre las teclas blancas.

Tuvo un estremecimiento, miró a otro sitio y cuando volvió la cabeza ya no la vio.

Interpretó aquella pieza y charló con las personas que la escucharon y al ir a coger unas partituras, se le apareció fugazmente otra mano puesta sobre ellas, Se sobresaltó pero enseguida se distrajo con sus acompañantes y se encaminó a la mesa donde servían el té. Tomó la taza y encontró la mano, sujetándola como si se la ofreciera, y esta vez pudo mirarla más tiempo y se asustó de aquella alucinación que tardó unos segundos en desaparecer. Pero le fue imposible seguir hablando y su pensamiento estaba pendiente de lo que había visto.

Y aumentó su angustia cuando la misma mano apareció sobre el brazo de una butaca próxima; resaltaba sobre el color verde intenso y percibió claramente la forma de los dedos, el tono de la piel.

Se tapó los ojos y, al abrirlos, la mano ya no estaba allí. Nadie había notado su gesto pero no pudo permanecer en la reunión y sin explicaciones se marchó y dio unos pasos por el corredor. Y allí, en la mesa donde estaba la bandeja para dejar las cartas, la mano volvió a aparecer y esta vez ella la contempló horrorizada y temblando, Igual que si fuera un augurio de locura. Ahora, mirándola largos minutos, y fijándose detenidamente en sus detalles, le acongojó la sorpresa de reconocer que era la mano del antiguo amigo, una mano que recordaba bien porque docenas de veces había estrechado la suya, había sostenido su paraguas, ofrecido flores, un regalo, y aún con más motivo, era la mano que le acariciaba y que bajaba por su espalda y la hacía sonreír de placer. De pronto, la intensidad de aquel amor que ella olvidó, arrastrada por otros igualmente seductores, le vino a la memoria y le sobrecogió el impreciso recuerdo de una carta que él le envió poco antes de morir.

Corrió a su alcoba, ahogándose de espanto y desconsuelo, y también sobre el tocador esperaba su llegada la mano, apoyada blandamente entre frascos de perfume, peines y cepillos, dejada con placidez, tal como ella la había visto infinitas ocasiones en aquella misma alcoba. Bajo la luz de las lámparas del espejo, parecía viva y a punto de moverse y avanzar por los senderos de las caricias.

Ella cerró los ojos para no verla, creyendo que se desvanecería, pero comprobó que ya no era así; la misteriosa aparición seguía ante ella, real, como de carne y con la densidad de algo vivo.

Venciendo su terror, se inclinó y fue a besarla; sus labios sintieron un frío indecible, que hería igual que un trozo de hielo pero no obstante resistió aquel dolor y mantuvo la boca unida a la carne espectral sobre la que cayeron lágrimas y el aliento de su desesperación. Su memoria había recordado el mensaje que él le hizo llegar y comprendió que, como un castigo, le imponía de nuevo su presencia turbadora.

Cuando se irguió, la mano ya no estaba en el tocador, se había esfumado y aunque ella recorrió con la mirada toda la alcoba, no la encontró en ningún sitio y la habitación recobró su tranquila intimidad.

Pero no podía moverse, yerta y desfallecida, y el pensamiento volaba hacia el pasado en busca de una figura inencontrable.

EL REGRESO

Tras años de larga ausencia regresó, ya viejo, a la ciudad en la que había nacido y pasado la niñez y la juventud. Tardó varias semanas en superponer sus recuerdos a la realidad de calles y lugares que encontraba cambiados totalmente y poco a poco se Integró en la nueva visión de la ciudad y se complacía en descubrir cuanto aún conservaba de lo que él vivió en sus alegrías de muchacho y luego en su maduración de estudiante.

Cuando visitó el parque donde jugaba de niño, se dio cuenta de que allí nada había variado: sólo los árboles más tupidos, con mayor sombra. Las alamedas arenosas, los bancos, las estatuas erguidas en los macizos, medio ocultas por los arbustos; todo era exacto a como lo recordaba y caminó despacio y al pasar por distintos sitios se acordó de sus hermanos, de la nodriza que les vigilaba, de sus carreras y sus peleas. Ante una fuente, se encontró haciendo lo mismo que un día de su infancia: mirar el agua oscura, las hojas que flotaban, escuchar el rumor del chorro que monótonamente caía sobre la piedra, todo igual que hacía años y años. Quiso recordar algo que allí había ocurrido y se concentró e hizo esfuerzos para recuperar una sensación... y oyó voces de niños que gritaban y reían. Miró a un lado y a otro pero no vio a nadie. Hasta él llegaban gritos, llamadas, y un timbre que sonaba intermitente. Era el timbre de un juguete, una rueda que cuando se hacía rodar daba sus alegres timbrazos. Miró detrás de él, dio unos pasos; el parque estaba vacío de niños a aquella hora y no se veía quién pudiera jugar con la rueda. Una voz pronunció un nombre conocido, pasos precipitados sonaron en la arena del paseo, luego ladridos y el tintineo de unos cascabeles. Sí, pensó, era el perro que siempre les acompañaba, que vivió todos los años de su niñez.

Se emocionó y enseguida tuvo la noción de que le ocurría algo que no esperaba. Podía recordar, allí donde todo precisamente le facilitaba el recuerdo, pero era imposible que volviera a oír los sonidos de años tan lejanos; sin embargo, no es que los pensara sino que los oía distintamente, cerca de él, y ninguno le era ajeno.

Echó a andar y le siguieron con toda claridad los gritos de los juegos, la voz de la nodriza, una llamada lejana a su hermano mayor y también la canción de escuela que una niña entonaba.

Salió del parque y caminaba absorto en la interpretación, casi imposible, de lo que había ocurrido. Al cruzar la plaza del palacio oyó una discusión de dos hombres; se volvió, no había nadie en su proximidad. Discutían sobre una falta de respeto y las dos voces roncadas, encolerizadas, hicieron despertar su curiosidad y comprendió que una de ellas era la suya, cuando tuvo aquel grave incidente con un capitán de la guardia.

Aligeró el paso, recordaba tan desagradable asunto y no bien atravesó el Arco y penetró en la avenida, lo que escuchó fue una canción que vino del fondo de su olvido y tan emocionante fue que

por unos segundos se tapó los ojos con la mano. Se detuvo, escuchaba una canción que un mendigo ciego cantó largos años en aquella esquina, acompañado de un sencillo instrumento de cuerda; y él, de muchacho había aprendido la letra de la canción y al pasar a su lado muchas veces le dio limosna, pero ahora el ciego no estaba allí y él miraba extrañado los nuevos edificios y los comercios que substituyeron a los antiguos.

Sintió una mezcla de terror a perder la razón y de ansiedad por no entender la causa de que renaciesen aquellos sonidos tan conocidos y tan familiares. No siguió andando por la avenida, entró por las calles a su derecha y al desembocar ante la catedral, oyó una voz de mujer que replicaba a otra, de hombre, y en esta conversación, atónito, encontró la tierna amistad con la hija de su profesor, que había terminado en una separación dolorosa porque ella había de casarse con un primo suyo. Ellos se citaban ante la catedral y paseaban cogidos de la mano hasta el río y se apoyaban en la baranda; cuanto se decían con vehemencia, lo escuchó de nuevo y así para no perder una sola palabra hizo el mismo recorrido bajo los tilos, como hacía tanto tiempo, y se sonreía al saber ahora que aquellas frases amorosas se olvidaron con prontitud.

Anduvo a lo largo del río y una voz de mujer, que se alejaba o se acercaba como rota por el viento, le insultó y le recriminaba algo, muy alterada. No sabía quién fuese y él, mirando el suelo, como avergonzado, le preguntó que quién era y qué pedía, pero la voz tan airada se fue esfumando.

Cruzó el puente y en su mitad le sorprendieron unas canciones y ruido de gente que se acercaba. Al volverse no vio ningún grupo pero enseguida alguien gritó su nombre y él creyó recordar quien así le llamaba, y le rodeó el grupo de máscaras que con risas y bromas le proponían irse con ellas. Eran los más jóvenes de su clase; se habían disfrazado y le encontraron en el puente. Se reía, se fijaba en cómo iba vestido cada uno de ellos, pero estaba solo, a su lado cruzaba un coche de alquiler. El grupo de estudiantes se alejó con su alegría y él no les acompañó pero les preguntó que a dónde iban, en qué fiesta podría encontrarles. Nadie le respondió.

Paseó mucho tiempo. Delante del edificio de la Academia, habló de un préstamo de dinero, unas frases que supo las decía su mejor amigo, y él, andando despacio, le prometía devolverlo. En otra calle discutió sobre unos exámenes y luego se oyó a sí mismo silbando un cuplé francés que estuvo de moda, y, sin entrar en una taberna, le rodeó el griterío de los bebedores, el choque de los vasos y exclamaciones confusas, y nuevamente, vagando por el barrio a donde iba a dar una clase, una voz le llamó y le ordenó que fuera a su casa, que ya era hora de hacerlo.

Esta vez no respondió pero tomó el camino de la avenida donde estuvo la casa de su familia y que ya había sido derribada y construida de nuevo, y atento al ruido del paso de los coches en calles concurridas, llegó ante una puerta. En ella estaba su hermano mayor, el cual le miró severamente y le dijo que le estaban esperando.

Él sabía que su hermano había muerto hacia muchos años, y sin responder, le recoma con la mirada, confirmaba que era él, con la chaqueta abotonada que siempre usó y las grandes botas deslustradas.

Pero afirmó con la cabeza y subió los escalones de la puerta, fue al comedor y allí, en torno a la mesa, sentados, estaban todos, sus dos hermanas, su primo, el hermano menor con su alegre sonrisa, los miembros de una familia que año tras año habían ido muriendo, pero ahora estaban ante él, dispuestos a comer, y el padre, con gesto de enfado, le preguntaba que dónde había estado para tardar tanto tiempo: habían tenido que esperar por su culpa.

Oía las palabras con toda claridad, palabras que le dijera muchas veces el padre, al que había cerrado los ojos tras larga enfermedad. Pero no podía responderle. Sólo murmuró: Perdonadme, y

se sentó en su sitio habitual y extendió la servilleta en las rodillas.

LA PRISIONERA

Estoy en el jardín de un antiguo palacio que no sé de quién fue ni cuál es hoy su dueño. La tarde es húmeda y otoñal el ocaso; en el blando suelo las hojas mueren adheridas al barro. No hace viento, no oigo ningún ruido entre los árboles que forman paseos en los que mudas estatuas, sobre pedestales de hiedra, alzan su desnudez.

Quisiera recorrer este extraño jardín, pero estoy quieto. Nadie lo visita, nadie hace crujir el puentecillo de madera sobre el constante arroyo. Nadie se apoya en las balaustradas del parterre ante la fila de bustos que la intemperie enmascaró con manchas verdinegras.

Estoy ante la gran fachada cubierta de ventanas que termina en altas chimeneas sobre el oscuro alero del tejado. Todo en ella muestra haber sufrido los ataques del tiempo pero estos rigores no dañaron a la única ventana que yo miro. Cada día, tras los cristales, aparece ella, su delicada silueta, y aparta la cortina de tul y largamente pasea su mirada por los senderos que se alejan hacia el río. Vestida de color violeta, siempre sería, eternamente bella, conserva su rostro juvenil, su gesto de candor, atenta a la llegada de alguien que ella espera, Inmóvil, tras el cristal, no habla, no muestra si acepta mi presencia, acaso no me ve. Resignada se dobla mi cabeza sobre el hombro mordido por las lluvias; desearía que sus dedos me rozasen antes de que su mano se haga transparencia. Desfallece mi cabeza enamorada; tras mis ojos vacíos atesoré palabras y palabras de amor dedicadas a ella. Acaso un día logren mover mis labios, éstos que son de durísima piedra.

EL ESTUCHE

Recibió la noticia de haber muerto su abuela y se sintió completamente abandonada, sin protección alguna, huérfana que dependió siempre de la que acababa de morir.

Hizo el viaje con tristes ideas y cuando llamó en la puerta del jardín de su antigua casa familiar, le abrieron los guardeses de siempre que le contaron cómo había ocurrido, cómo fue el entierro y que sus tíos habían retirado todo lo de valor y se habían marchado y pensaban vender el edificio.

Ella recorrió las habitaciones donde creció y vio que faltaba parte del mobiliario y objetos y dentro de su ánimo creció la certidumbre de pobreza y desvalimiento ya que nada podría hacer para recuperar aquella herencia.

Los guardeses la dejaron sola y ella siguió paseando por habitaciones en penumbra, cerradas hacía tiempo, en las que recordaba escenas de su infancia, antes de haberse deshecho la familia. Sólo la acompañaba el crujido del suelo al pisarlo y el olor indefinible de lo que fue habitado por varias generaciones. Se detenía, podía escuchar el suave roer de la carcoma y otros ruidos indefinibles propios de una casa abandonada.

Decidió pasar allí la noche y marcharse a la mañana siguiente y, en la habitación que fue la suya, le prepararon la cama y enseguida se acostó, procurando no pensar más en cuál sería su vida futura.

La despertó un ruido cercano y cuando se incorporó y prestó atención, comprendió que alguien llamaba en los cristales de la ventana. Alguien se habría encaramado hasta allí, hasta el segundo piso, y daba golpecitos en el cristal.

Sin encender la luz fue a descorrer la cortina y el ruido cesó. Al otro lado de los cristales sólo había oscuridad en la que se movían las ramas de los árboles, y lejos, el silbido de un tren. Allí no había nadie, lógicamente, y pensó en un pájaro que se habría refugiado en el quicio de la ventana.

Volvió a acostarse, cerró los ojos y a los pocos minutos la puerta de la habitación se movió. Esta vez encendió la luz y con extrañeza vio que la puerta se había abierto ligeramente, lo que la hizo saltar de la cama y asomarse, no sin recelo, al corredor, el cual estaba a oscuras y vacío.

En el fondo de la casa sonó una rápida musiquilla y bastó que la escuchase unos segundos para saber que era de una caja de música a la que sus manos infantiles dieron cuerda cientos de veces.

Cerró de nuevo la puerta, echó el pasador y quiso encontrar una explicación aceptable de que sonasen, a media noche, aquellos compases tan conocidos. Sin apagar la luz se acostó, Intranquila, preguntándose quién habría querido entrar y sorprenderla, y por qué sonaba la vieja caja de música.

Al pasar la mirada por la mesa donde había dejado su bolso de viaje y su sombrero, vio que había allí un tintero de cristal. Antes no estaba en la mesa porque tendría que haberlo visto y le hubiera extrañado; más aún cuando se levantó y lo tomó en sus manos y recordó enseguida que era el de su abuela, que siempre adornaba el escritorio donde la anciana escribía las cuentas, guardaba las llaves y sus objetos personales.

Experimentó una desagradable inquietud, no quiso acostarse y se echó sobre los hombros el abrigo y dio unos pasos por la vacía habitación en la que los muebles y cuadros que tuvo cuando ella era niña desaparecieron. Se acercó a la ventana y al contemplar la oscura noche le llevó a reflexionar acerca de su porvenir y de las dificultades que la esperaban. Pensaba en la ausencia definitiva de su abuela, único miembro de la familia que había subsistido, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Pasó junto a la mesa y se sorprendió al ver una larga pluma de madera tallada: era también de su abuela y súbitamente aparecía allí sobre la mesa, al lado del tintero, y antes no estaba.

Sobrecogida la miró y no quiso tocarla y se fijaba en todos los detalles que siempre la habían atraído cuando infinitas veces la vio en el escritorio. Y éste, con sus estantes y cajoncitos que a ella le habían admirado, tomó importancia en su conciencia y pensó en que la caja de música se guardaba en él pero no advirtió, cuando visitó la alcoba de la abuela, si el mueble estaba aún allí.

Cogió la palmatoria y venciendo el miedo salió al corredor, y procurando no hacer ruido, bajó despacio la escalera. La casa dormía en absoluto silencio y la oscuridad que se iba apartando al paso de la luz era un espeso cortinaje con raros movimientos que llegaron a espantarla. Pero se había propuesto saber si estaba allí aún el buró que por muchas razones consideraba suyo.

Al acercarse a la puerta de la habitación a donde iba, oyó como si ésta se abriese, sonaron las bisagras, y el estor, medio corrido, tuvo un ligero movimiento. Se detuvo estremecida y esperó unos segundos porque pensó que alguien iba a salir de allí y hasta dudó en entrar pero se sobrepuso y lo atribuyó a un ruido del viento que en el jardín agitaba los árboles. Decidió echar sólo una rápida mirada y volverá la alcoba. La puerta estaba entreabierta, ella la empujó y levantó la mano con la luz para iluminar el espacio sin fondo ante sí. Pero no bien dio dos pasos, pudo ver el escritorio en su sitio, donde siempre estuvo, tal como lo había contemplado de niña. Estaba allí y esto la tranquilizó pero al recorrer con la vista la habitación, en el gran espejo de cuerpo entero había una figura. Sobre el fondo negro y profundo se destacaba una sombra clara: una mujer la miraba y le sonreía.

Tan intensa fue la emoción que se encogió y las piernas cedieron y quedó arrodillada en el suelo; sostenía la palmatoria, que temblaba, y miraba a su abuela que, vestida con ropa antigua de ancha falda, estaba allí y le dirigía la misma cariñosa sonrisa de siempre. Y alzó la mano derecha y señaló a un lado.

Ella apenas podía respirar, atenta al espejo, sacudido todo el cuerpo por el terror; se fijaba en el pelo blanco con el peinado conocido, en las mejillas arrugadas, hasta que comprendió que le estaba señalando algo. Giró los ojos y encontró el escritorio: la mano de la anciana con un dedo extendido se lo indicaba.

Sólo tardó unos instantes en desaparecer y el espejo quedó vacío, reflejando la oscuridad, tan negro cual la salida a un mundo de tinieblas.

Se levantó del suelo y pensó en huir pero la contuvo la atracción hacia aquel mueble que, sin duda alguna, el fantasma le había señalado. Se acercó, lo rozó con su mano temblorosa y abrió un cajón. Entonces le pareció comprender y fue sacando todos los cajoncillos que estaban vacíos;

alguien se había llevado su contenido. Pasó por su cabeza que hubiera un escondrijo y comenzó a interpretar confusamente lo que estaba sucediendo aquella noche, tanto la melodía que sonó como la aparición del tintero y la pluma.

Fue metiendo las manos en los huecos y en uno de ellos tocó unas muescas en el fondo. Clavó allí las uñas y tiró: una pieza se desprendía y detrás pudo notar los perfiles de una caja, y la sacó. Era un estuche laqueado, cuya tapa al abrirse mostró en su interior pulseras y sortijas, joyas que reflejaban en sus piedras la rojiza llama de la vela.

Se llevó la mano al corazón y lloró de nuevo pero esta vez poseída de un acrecentado cariño a su abuela y admirada de que el amor no tuviera los límites de la vida. Estuvo convencida de que sus pasos fueron conducidos para entregarle lo que le estaba reservado como herencia.

Devolvió a su lugar los cajoncitos, ocultó el estuche en su abrigo y subió rápidamente a la alcoba. Sólo había faltado de ella unos minutos pero su vida había cambiado totalmente.

EL EMBRUJO

Primero, jugamos a disparar contra una rosa colocada sobre el hombro de cada uno de nosotros; luego, a doblar con dos dedos una cuchara de plata, y como ya estábamos cansados de las cartas, decidimos ir a escuchar a los gitanos. Tiramos las copas, después de vaciarlas, contra el ventanal y las risas se unieron al chasquido de los cristales rotos. Abajo, los dos coches esperaban y al subir al mío sujeté el extremo de la bufanda que me tendían desde el otro y así emprendimos la veloz carrera y, después, nos arrojábamos una botella que teníamos que devolver sin que cayera al suelo, y la ciudad desierta a aquellas horas se animó con nuestras llamadas y con el ruido del trotar de los caballos.

Al cruzar el puente, vimos el palacio y los grandes edificios que lo rodeaban y por encima, el firmamento, sin nubes, estrellado. De un coche a otro brindamos por la noche, compañera de nuestras alegrías y locuras, y bebimos de la botella que había volado por el aire. Al ver que llevábamos varias, los gitanos nos recibieron jubilosos, con la canción de la bienvenida.

Pasaron las horas entre músicas, requiebros, besos de bocas que mentían, brindis y canciones impetuosas en voces que inventaban nostalgias y amores exaltados.

Pero entre las gitanas, tan dóciles y sonrientes, había una que despertó mi antipatía; no supe por qué. Era pequeña, joven, menuda, oscura de piel, pero podía crear una pasión porque miraba como si fuera una reina.

Cantaba y bailaba lentamente, cimbreando el cuerpo, sin seguir la melodía. Se acercó a mí y entonces yo le grité algo cuando ya mi respiración quemaba; la miré a través de la copa medio llena: en el cristal brillante me pareció una máscara helada, respondiendo a mi anhelo como una profecía. Se quedó quieta y me miraba y la insulté a través del vino ardiente que dio nuevo vigor a mis palabras y una clara nitidez al pensar en todo lo pasado. También en la copa había yo visto los años y mi vida, igual a un barrizal, un río de barro.

Le pedí que para mí bailase y todo el futuro me anunciara; que con las manos trazara los augurios de triunfos o fracasos que habrían de venir, que borrara en el aire los desastres y las satisfacciones que pesaban en mi memoria; que el revolar de la falda roja y negra barrera aquella escoria que era tan sólo mía.

Me miró largamente, de la cabeza se arrancó el pañuelo, alzó los brazos sobre la cabellera tan negra, tan revuelta como un sueño, golpeó la pandereta, taconeó en mi alma, cerró los ojos para invocar lo que yo era y todo el cuerpo fue viento en una llama, Apresada por años de desorden y de furias se enardecía, se agitaba para recibir en ella lo que yo fui. Siguió el rítmico golpeteo, entregada a invocar un destino ajeno que la poseía, y entonces percibí que estaba preso de su endiablado baile y que un hálito sin nombre salía de ella y hacia mí venía como presagio. Ah,

maldita gitana, era más fuerte que todas las riquezas, que todos los poderes, que los mejores vinos cargados de valor y audacia.

Su fija mirada me ahogaba y súbitamente me levanté, salí fuera en busca de aire puro, pero la calle se había extendido y ante mí un gran vacío tan sólo era, Donde hubo casas, algunas con ventanas encendidas, vi un campo oscuro y, en el horizonte, la línea irregular de una llanura. Allí hubo antes los faroles cuya llama hizo bailar mi sombra al entrar en la taberna: ahora en su lugar estaba la noche impenetrable.

Di unos pasos y tendí las manos como un ciego que caminara en el azar, pisé la tierra húmeda de un sembrado y me dije: —Toda la ciudad ha desaparecido y las casas, los palacios, los teatros, los salones ya no me rodearán, tal como fueron durante años lugares de mi andanza.

Esperé unos minutos y quise convencerme de que era un sueño y si volvía con los amigos, me encontraría de nuevo en la mesa donde la alegría hace caer las copas y bajo ellas el mantel enrojece. Pero detrás de mí ya no estaba el viejo edificio de la taberna y sólo vi una luz lejana y un grupo de árboles que daban su murmullo en el viento fresco del amanecer.

Esperaría, no me movería de allí hasta que el sol pusiera al descubierto lo que pasaba, pero transcurrido cierto tiempo sentí que debía ir en busca de un caballo y al cogerlo del roncal no reconocí mi mano, áspera y sucia, que tiraba del animal y para hacerle marchar dejé escapar unas palabras que nunca yo había pronunciado. Un día de trabajo amanecía, andaría por veredas encharcadas, levantaría pesados fardos, respiraría hondamente en el esfuerzo y el agrio olor de mi sudor me llegaría al sentarme en un banquillo y recibir en las manos un cuenco de madera con comida.

Supe lo que me esperaba, lo mismo que en aquel momento era, me rodearían cuerdas solitarias, praderas de aita hierba, bajo un cielo encapotado o de azul transparente, y la lluvia que en los sembrados de avena daría su zumbido.

Y no podría volverme para atrás; con la cabeza baja habría de ir adelante, seguir obedeciendo y sólo encontrar la mirada resignada del caballo, éste que ahora llevo por el roncal y que habré de llevar hasta mi muerte.

LA NOCHE

Cuando llegó la noche en la que se encienden las grandes hogueras para que hombres y mujeres salten sobre sus llamas y las canciones se alcen, como el humo, hacia el profundo cielo y la alegría mueva los pies en la ronda del baile, el pescador salló de su cabaña y una fuerza nueva aligeró sus músculos y experimentó el gozo de la templanza que traía un viento suave. Él también quiso ir a ser parte de los que bebían y cantaban entre las luces y sombras que daban las hogueras, removidas por el continuo atizar con ramas y troncos, y sin pensarlo más se encaminó hacia donde resonaba el alborozo de los que festejaban la noche mágica.

Entró en los corros, escuchó la alegría, pasó junto a grupos de jóvenes ruidosos, miró las caras reidoras de las muchachas y sus gestos provocadores, se daba cuenta de que las parejas que súbitamente se formaban para brincar por encima de las llamas, luego se alejaban y desaparecían en la oscuridad; era la noche en que se libertaba el amor, que se buscaba la felicidad de unas horas alocadas para los cuerpos robustecidos por los primeros calores del verano.

Él habló a las mujeres, cogió por la cintura a muchachas que bromeaban, tendió la mano hacia el jarro de vino que pasaba de boca en boca, pero nadie parecía atender a sus palabras, ni verle, ni percibir que él tenía un cuerpo fuerte que podía bailar toda la noche; ninguna mujer respondió a sus miradas, otras se zafaban de su abrazo, nadie le ofreció de beber y en tomo suyo quedaba un espacio vacío.

Una vez sorprendió en una joven un gesto despectivo al mirarle de arriba abajo; él se miró y se vio vestido de ropas remendadas y sucias de escamas, que hasta brillaban en su barba y en el vello de los brazos. Todos los que celebraban la noche estaban limpios y con traje de fiesta y en los cabellos llevaban prendidas floréenas.

Comprendió que no le aceptaban debido a su pobreza y que ninguna mujer se cogería a su brazo para saltar el fuego porque, junto a otros hombres, él parecía un mendigo. Perdió la alegría con que acudió a la fiesta y despacio se alejó, pensando que él, como los demás, necesitaba purificarse atravesando las llamas y amar intensamente a una mujer sobre la hierba de un prado.

Se encaminó hacia el río, hacia su choza, pero no renunciaba a unirse a la noche sagrada en la que todo lo portentoso se manifiesta, los instrumentos de música suenan solos, los animales bailan y hablan, los tesoros escondidos suben a flor de tierra, las plantas benéficas cobran mayor poder, las ovejas perdidas vuelven al redil, la niebla de los pantanos cura a los enfermos que la respiran y las diosas del agua se muestran a los caminantes.

Al pensar en ellas, el pescador tembló de deseo. Alguna noche las había entrevisto pero huyó, sabiendo que pueden atraer y llevar a la muerte, pero en aquel momento en que regresaba, solo y abatido, a su pobre casa, recordó lo que siempre oía contar de la hermosura de sus cuerpos, de sus

risas, de sus promesas de placer al hombre que se detenía a mirarlas, Y sabía que estaban allí, en el río donde él pescaba, en las orillas escarpadas o en las que cubren los cañaverales.

Decidió acercarse al borde del agua, que susurraba en su eterno fluir, pese a que la oscuridad era absoluta. Y allí esperó, en silencio porque esa noche los reptiles duermen y los murciélagos no vuelan y los duendes del campo callan, mientras su pensamiento se esforzaba en recordar cuanto había oído acerca de aquellos seres maravillosos que atraían al río a los hombres y les hacían hundirse y perecer. Pero el pescador sintió la necesidad de no creer en tal peligro y de comprobar si era verdad su ofrecimiento de amor, porque él no temía al agua, en ella se pasaba cuan largo era el día.

De pronto, a su izquierda, en el centro del río, hubo un pequeño resplandor y enseguida percibió una cabeza que sobresalía del agua y a poco surgieron unos hombros, y el pescador comprendió que su propósito se cumplía.

Una mujer se alzaba del agua: en su pelo temblaban puntos de blanca luz y la tela de una larga túnica que vestía daba un resplandor suave, por el cual le fue posible al pescador ver que sonreía, que le miraba con ojos muy claros y que era muy bella.

Le tendió los brazos y él, asombrado y a la vez presa de gran exaltación, esperó que ella hablase. Enseguida, el rumor de la corriente se transformó en palabras y poco a poco las fue entendiendo y le decían que se acercara, que le esperaba, pero no eran palabras como las que oía a las personas sino un roce o un soplo que le pareció le llegaba no de los labios de la diosa sino del agua en la que surgía.

Encogido, casi arrodillado en la orilla, veía aquella figura y la escuchaba y se dio cuenta que ella estaba en un sitio donde había unas profundas hoyas que le tragarían si iba hasta allí.

La voz misteriosa le llamaba por su nombre. Le decía que fuera a abrazarla y que le amaría, y le daría el amor más intenso y duradero si iba hasta ella.

Pero el pescador no se movía, respiraba precipitadamente y sintió que se ahogaba cuando la diosa avanzó más hacia él y con el agua hasta las rodillas se inclinó, se recogió el borde de la túnica y le mostró las piernas y el vientre.

Oyó cómo le ofrecía sus muslos y la sombra oscura del sexo y le invitaba a acariciarlos. El pescador temblaba como tomado de la fiebre de los pantanos.

Precisamente en aquel momento sonó la media noche y las fuerzas que imperan en el cielo y las del centro de la tierra coincidieron, se unieron para conceder sabiduría a los seres y permitir que se animase lo inanimado y que hablase lo que no tiene lengua. Primero, como las campanillas de un coche que pasa, sonaron las vocecitas de las flores, luego, con sus ramas y sus hojas móviles, los árboles comenzaron a conversar entre sí, y el búho y la lechuza también tuvieron voz. Y los fuegos fatuos tuvieron libertad de esparcirse por todos sitios para dar su tenue luz, y monedas y joyas brillaron entre la hierba. El milagro de la noche única al año se cumplía por breves minutos. El pescador vio cómo las aguas oscuras se convertían en oro y plata y corrían ante él. Todo el ancho río quedó iluminado con este encantamiento de su naturaleza, y a la diosa, rodeada de una luz nueva, él la pudo ver mejor y aún era más seductora, Seguía riendo, se sujetaba alta la túnica, sacudía las caderas y con un gesto burlón abría las piernas.

El pescador también atendía a las voces vegetales; éstas le advertían que no entrase en el agua, que no escuchase, que no mirara, que se volviera de espaldas; las campanillas en el césped, las hojas de los sauces, le incitaban a huir, pero él dejaba que creciese en su interior el deseo impetuoso de poner las manos en aquello que se le ofrecía. Lo cual fue aún más intenso cuando

ella levantó los brazos, se abrió a los lados la vestimenta resplandeciente y descubrió los pechos grandes y firmes que cimbreó suavemente a la vez que le prometía ser dueño de todo su cuerpo.

Las piedras de la orilla comenzaron a hablar, para decirle que no buscara el amor, que lo mismo que ellas servían de apoyo a sus pies cuando tiraba el sedal, le sostendrían ahora para que no diera un paso dentro del agua. Y la voz de las piedras era poderosa y ronca y sonaba como una orden Ineludible, La mano del pescador se colocó sobre una e hizo suya su solidez, pero ávidamente miraba ante sí tanta belleza.

La diosa se soltó el cinturón de hojas verdes y se despojó de su túnica, rió a carcajadas y agitó los brazos por encima de la cabeza y fue hacia la orilla, desnuda, sólo vestida de sombras de plata y oro, Ahora sus palabras tenían más fuerza y eran las de una mujer a su enamorado cuando nadie puede oírlas: le describía las caricias y contactos que esperaba de él, le anunciaba lo que él sentiría al gozar de cada una de las partes de su cuerpo.

Avanzó hasta sólo tener los pies en el agua, ya muy cerca del pescador, y entonces éste saltó sobre la piedra protectora, cogió las manos que se tendían hacia él y tiró tan violentamente que sacó a la diosa a la orilla, cayó de espaldas, haciéndola caer sobre él, y cuando sintió todo el peso de lo que abrazaba, dio un grito.

Bruscamente terminó el sortilegio de aquella noche, acabó el permiso de razonar y el poder de hablar, así que, de pronto, plantas y animales callaron, el río volvió a ser de agua y tornó la oscuridad.

Forcejaron sobre el barro. Por dos veces, ella pareció escapar hacia el agua, de entre las manos que la sujetaban, y por dos veces el pescador la arrastró más lejos de la orilla y este esfuerzo redoblabla el placer de apoderarse de aquel ser que lentamente fue perdiendo su fosforescencia y el don de resplandecer.

Aquella noche vino a ocurrir lo que sólo sucede una vez cada cien años, un instante que pocos tienen la suerte de contemplar; la flor del helecho brotó y se hizo fuego, toda la orilla se incendió en pequeñas llamas azules, y a su destello, el pescador vio que la diosa a la que amaba se deshacía en sus manos y desaparecía.

Así huía el tiempo, la noche iba a su fin, pronto amanecería y la cálida luz del sol alejaría con su transparencia todas las fantasías de las tinieblas nocturnas, pondría su pujanza sobre los ríos y los prados, las flores y las piedras, las hogueras ya apagadas y los rendidos cuerpos de los amantes.